

SECCION DOCTRINAL.

LOS SABIOS DEL DIA.

I.

La figura que intento bosquejar en el curso del presente artículo no pertenece á ninguno de esos seres raros que respiran la atmósfera de la sabiduría en las altas regiones de las ciencias humanas. No es un sér, digámoslo así, abstracto, sino un individuo sumamente concreto. No es una de esas inteligencias que bien ó mal encaminadas buscan la verdad por amor á la verdad misma, y que sea como quiera, más oscuros ó más claros, más anchos ó más estrechos, pasan en el mundo por pozos de ciencia.

Precisamente el filósofo que tienta mi pluma en estos momentos, viene á ser todo lo contrario. Un sabio es al fin el resumen de una biblioteca; hace de su memoria el archivo de todos los conocimientos humanos que el estudio pone á su alcance, y habla como un libro. Con frecuencia su juicio se extravía, y á lo mejor, cargado con su fardo de ciencia, sale por los cerros de Ubeda. Muy bien; pero al fin es un sabio, funesto muchas veces, pero al fin sabio. No se le puede negar el mérito de haberse quemado las cejas durante todo el curso de su vida para perderse y para perdersenos.

Nuestro filósofo es más vulgar, más comun, y digámoslo así, más corriente; se le encuentra en cualquier parte, mejor dicho, se le encuentra en todas. Discute en los cafés, pe-
rorra en los clubs, profetiza en los casinos, y echa tambien su cuarto á espadas en los ateneos. Es una especie de *bulle*,

bulle filosófico, un *corre ve y dile* científico. Su entendimiento no es una biblioteca; es más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura, que contienen medias ideas, medias frases, medias palabras; un cajón de sastre, donde se encuentran retales, recortes de todos los errores.

En 1834 se desató el furor de los versos lúgubres; la musa de los cementerios fué de casa en casa, y aquí uno y más allá otro, comenzaron á salir del polvo de la tierra generaciones súbitas de poetas más tristes que la misma muerte. Aquello fué una verdadera desolacion; parecía que el mundo se hallaba en la víspera de su última catástrofe; no era posible vivir en aquellos días sin morirse; todo era desesperacion, lamentos suicidas, en verso, por supuesto. La poesía romántica inspiraba los más sepulcrales desatinos, y el que no tenía á su alcance un arpa en que llorar sus imaginarias desdichas en metros desaforados, casi no pertenecía al género humano.

Al fin se disipó aquella nube de trovadores que enlutó la tierra; la epidemia pasó como pasan todas las calamidades, dejando en las huellas de su paso el gérmen de otra dolencia más desastrosa, la plaga de la filosofía. El furor métrico degeneró en furor político; brotaron por todas partes oradores, estadistas y hombres de Estado, partidos, grupos, fracciones; callaron las cítaras para que resonara la voz de los tumultos, de las asonadas, de los pronunciamientos y de los motines, y apareció al fin el nuevo contagio, el furor filosófico, y hé aquí que todos somos filósofos.

A los desórdenes de la poesía siguió el trastorno de la vida pública, y no había de hacerse esperar mucho tiempo el libertinaje de la ciencia.

Nos hallamos, pues, en el período álgido de este último acceso de la inteligencia independiente. La dolencia ha penetrado en todos los espíritus, y hace grandes estragos en los entendimientos enfermizos, y aprovecha fácilmente las predisposiciones de los vicios y de la ignorancia.

Descendiendo de las locas abstracciones de la sabiduría soberbia, ha penetrado en el vulgo de las inteligencias, bajando hasta la última hez de los instintos humanos.

No llameis hordas salvajes á la *Internacional* que os amenaza con sus devastaciones, porque en verdad no debe ser á vuestros ojos más que una asociación de filósofos. Cada uno de ellos es la encarnación de vuestra filosofía, la realidad moral de vuestra ciencia; si vosotros sois los principios, ellos son las consecuencias. Detrás de las teorías, los hechos; detrás de las negaciones, los desastres; detrás de los errores, los crímenes. Esa es la última evolución del *yo* en el tiempo y en el espacio; ese es el ejercicio, digámoslo así, científico de la conciencia libre, el acto supremo de la conciencia.

El tipo que se nos viene á las manos no representa una inteligencia que piensa, ni un brazo que ejecuta; no es el error didáctico ni el error práctico; es simplemente el eco del error. Es un filósofo, que es al filósofo lo que el mono al hombre, una mueca de *Vogt* ó de *Renan*, la caricatura de *Voltaire* ó de *Krause*; la burla de *Kant*, de *Fichte* ó de *Hegel*.

Ninguna señal exterior lo distingue del resto de los hombres; no encontrareis en su fisonomía rasgo alguno que lo anuncie; las vigiliass del estudio no han trazado en su frente la línea de las meditaciones, ni la atmósfera de la sabiduría presta á su persona el aire reflexivo de los sabios; lo vereis pasar muchas veces junto á vosotros, sin que podais presumir que aquello es un filósofo.

Mas debajo de la vulgaridad de las apariencias se esconde un verdadero *sprit fort*, un espíritu fuerte lleno de debilidades. El fondo de su razón es el abismo de la incredulidad; Dios es una manía del género humano, el origen del hombre un cuento de viejas, el culto debido á la divinidad pura superstición, las leyes de la moral eterna meras conveniencias. Hé ahí el repertorio de sus conocimientos y el fundamento de toda su ciencia.

En verdad, no se necesita más sabiduría para ser un imbécil ó un malvado.

Y bien; á todas estas soluciones definitivas que transforman el orden necesario de la sociedad, que cambian por completo la naturaleza evidente del hombre, ha llegado de golpe y porrazo, de la noche á la mañana, por pura intuición, por ciencia infusa, porque su biblioteca se encuentra tan vacía

como su cerebro; ha recogido en las conversaciones de los cafés, en las discusiones de los ateneos y en las columnas de los periódicos, la parte más grosera de los delirios filosóficos, y hé aquí á la suprema ignorancia disponiendo á su arbitrio de Dios y del hombre, del tiempo y de la eternidad, del cielo y de la tierra.

La ciencia es su palabra favorita, su palabra decisiva. La ciencia humana, que tanto se contradice y tantas veces yerra, lo sabe todo; la ciencia ciega ante los secretos de la vida, y maniatada ante los misterios de la muerte, todo lo puede; la ciencia, en fin, incapaz de crear nada, todo lo quiere.

Bueno; la ciencia: pero... ¿qué sabe?... Vana pregunta; para llegar á las tinieblas, no se necesita hoy ninguna. Al error conducen dos caminos igualmente seguros: la soberbia y la ignorancia. ¿Qué ciencia necesita el hombre para ser ciego?

Toda su filosofía, pues, consiste en hacer alarde de las incredulidades dominantes; toda su ciencia se reduce á negar: su sistema no es más que un sistema de negaciones. Niega lo que debe á Dios, lo que debe á los hombres, lo que debe á la razón, lo que á sí mismo se debe, y en realidad no es más que un tramposo, que liquida resueltamente el capital de su inteligencia, negando todas sus deudas.

Penetrad en el fondo de su filosofía, y encontrareis allí la convicción única y solitaria de que no le debe nada á nadie. A Dios él no le ha pedido la gracia de la vida; á los hombres sólo les debe disgustos, recelos, inquietudes y desconfianzas; á su razón... ¿qué puede deberle?... No encuentra en ella más que una mera espontaneidad de su sér; á sí mismo... ¡ah!... á sí mismo se debe molestias, enfermedades, dolores, todas las impertinencias de la vida y todo el horror de la muerte.

Ha tomado la incredulidad por ciencia y la impiedad por filosofía, y sin meterse en más averiguaciones se ha declarado á sí mismo dueño del saber humano.

Todo lo que de algun modo se oponga á esta incredulidad sistemática y ciega, es á sus ojos preocupacion, manías, supersticiones, ignorancia. Pero entendámonos: la increduli-

dad, que es el fundamento y la deducción, el principio y la consecuencia de su filosofía, no pasa de ciertos límites; porque en verdad, lo que le niega á la sabiduría infinita, se lo concede generosamente á la sabiduría humana. Si por una parte despoja á la Providencia de sus eternos atributos, por otra se los otorga graciosamente á la naturaleza. Si su descendencia filosófica llega al punto de admitir la existencia del espíritu, no lo considera más que como emanación de la materia, como un fenómeno químico, una cosa así como la llama que brota del fuego, como el sonido que se escapa de la cuerda herida, ondulaciones del organismo, vibraciones de las fibras agitadas por la vida; pues: un fenómeno semejante al de la espuma, que se produce por las agitaciones del agua.

Una inteligencia suprema que todo lo crea, que todo lo dirige y lo gobierna, no es cosa que le cabe fácilmente en la cabeza, y prefiere la ley eventual del acaso ó la ley ciega de la fatalidad; porque en el caso forzoso de reconocer la realidad del Universo, no tiene empeño decidido en que se haya hecho á sí mismo, ó en que sea el resultado de una causa cualquiera, que desapareció al producirlo, ó que la materia activa, inteligente y eterna, sea al mismo tiempo la causa y el efecto, la mano y la obra.

Todas las hipótesis, todas las extravagancias inventadas acerca de este punto, le parecen aceptables, admirables... porque, en fin, ¡quién sabe! la ciencia no ha penetrado todavía en los últimos arcanos de la naturaleza. Lo que no concibe, lo que no cabe en el orden de su filosofía, es la existencia de un Sér Supremo, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas. Fuera de este principio vulgar que se resiste á su razón filosófica, no hay delirio, digámoslo así, científico, en que no crea.

No le habléis del mundo sobrenatural, si no quereis dispartar en sus labios la sonrisa de la compasión. ¡Los milagros! ¡ah! su ciencia los rechaza y su razón los desmiente. *El Antiguo Testamento* no es más que una ley humana; *el Nuevo Testamento* un hecho puramente humano; la ignorancia ha llenado la historia de prodigios y el mundo de supers-

ticiones. No discurre de otra manera, pero en cambio su incredulidad espera el cumplimiento del anuncio de *Condorcet*, que profetizó la eternidad del hombre sobre la tierra por medio de la ciencia; cree en *Renan*, que bajo su palabra anuncia la aparición de un químico extraordinario, cuyo poder llegará hasta realizar la resurrección de la carne; y dobla la cabeza ante *Moleschot*, que ha descubierto en el polvo de los sepulcros la materia que dá á las plantas el poder de crear hombres.

Su incredulidad no puede ser más crédula. No profesa los errores de ninguna secta determinada; su capacidad en este punto casi no tiene límites, pues acoge indistintamente desatinos de todas las escuelas. Así es que un día le encontráis *deista*, esto es, partidario de un Dios, insensible, indiferente, Dios nulo, perpétuamente dormido en el seno de la eternidad. Otro día parece *naturalista*, y fuera de la naturaleza no encuentra nada. De repente cae en las oscuridades del *pan-teísmo*, y para él todo es Dios, menos Dios. A la vez seducen su ignorancia las ideas materialistas, y hé aquí que se atribuye orgullosamente la ascendencia del mono y no se concede otro fin más honroso que el del caballo. También lo tientan las conclusiones *positivistas*, y entónces sencillamente cree en el Dios *Humanidad*, y con la mayor frescura, á renglon seguido de haberse declarado nulo, se erige en Dios.

Tal es la confusion en que se agita su ignorancia, noche oscura del entendimiento, en la que no penetra un rayo de luz, verdadero caos del alma.

Me atrevo á decir que su inteligencia ha contraído el vicio del error. Hay cierta concupiscencia de entendimiento en ese libertinaje de la ignorancia, porque á las disipaciones de la razon se acomodan muy fácilmente las disipaciones de las costumbres.

El sér moral que resulta de ese estado deplorable de la inteligencia, no es ciertamente un modelo de perfeccion; no se turba el entendimiento, sin que á la vez se turbe la conciencia. Un órden de ideas supone un órden de conducta, porque el hombre siente como piensa y obra como siente. La

accion del error obrando sobre la ignorancia, produce en la razon un terrible estrabismo, todo lo ve del revés, y es más, se complace en verlo.

Claro está, sin embargo, que nuestro filósofo no ha llegado á estas nebulosas alturas de la sabiduría por un prodigio de estudio ó de genio, sino que más bien se ha encontrado en ellas suavemente impulsado por las debilidades que tan continuamente nos solicitan. Todas las flaquezas de que adolece la especie humana respiran allí su atmósfera propia, se puede decir que están en su elemento, que viven por derecho propio, cuya legitimidad, ya de una manera, ya de otra, ha venido á reconocer la ciencia.

Ya se ve; una filosofía tan amable, tan condescendiente, que desde luégo nos autoriza á no reconocer nada superior á nosotros mismos, y que deja á nuestro arbitrio el arreglo de la vida futura, no ha de ser más meticulosa respecto á la vida presente. Si nos concede lisa y llanamente la facultad de crear dioses á nuestro gusto ó de anularlos segun nuestra voluntad, ¿con qué razon puede exigirnos rectitud en los sentimientos y moralidad en las acciones?

Dejemos á los talentos superiores perderse en el laberinto científico de sus tenebrosas abstracciones; pero convengamos en que el vulgo de filósofos, que hormiguea, lo mismo en los salones que en los talleres, lo mismo en las Universidades que en los garitos, se siente arrastrado principalmente por las seducciones de sus apetitos. Lo que hay en el hombre que más le acerca al bruto, es lo que más pesa en la balanza de estos juicios humanos. Por una transmigracion de la inteligencia, sólo concedida á la extrema ignorancia, el tipo que tenemos delante discurre más con los sentidos que con el entendimiento. Suprimid las pasiones que subyugan, los vicios que encadenan, los instintos que degradan, y la filosofía de la razon libre perderá en el instante mismo el gran número de sus partidarios.

Si negando la evidencia del sol que nos alumbra, creyera librarse del calor con que nos ahoga en el verano, la negaría resueltamente y se quedaria tan fresco. En realidad, este filósofo no busca *la ecuacion entre el entendimiento y la cosa,*

sino la conveniencia entre su razon y sus apetitos, la manera sencilla y verdaderamente cómoda de ser á un mismo tiempo libre é irresponsable. En una palabra; busca el secreto de dormir tranquilamente en medio de los desórdenes de su vida.

En todo rigor, puede decirse que es una cuestion de pura comodidad. La conciencia puede ser un juez demasiado severo; tiene susceptibilidades que nos ocasionan muchos disgustos, porque padece la manía de los remordimientos. Semejante huésped es bastante incómodo, se empeña en amargarnos los placeres más sabrosos, y no nos deja vivir en paz con nosotros mismos. ¿Qué hace? El criminal la ahoga en el fondo de su alma, se tapa los oídos para no oír su voz, y anda por el mundo en p rpetua lucha con ella; unas veces es vencedor, y otras veces vencido. Nuestro filósofo no acertaría á vivir sin conciencia; la invoca, siempre que el caso la requiere, y no se determina á proscribirla; pero su conciencia es al fin y al cabo una conciencia, despreocupada, flexible, razonable; una conciencia que est  á la altura de los adelantos del siglo, una conciencia libre.

Lo dir  de una vez; es la conciencia humana convertida de juez en cómplice. No es el tribunal que condena, sino el jurado que absuelve.

Ahora bien; ¿este hombre puede ser honrado? Si os empe nais, no me opongo, podrá serlo; pero ¿cuán difícilmente conseguireis persuadirme de que pueda ser virtuoso!

JOSÉ SELGAS.

CERVANTES COMO FILÓSOFO CRISTIANO. (1)

Profano, Señores, en este templo, pero reconocido á la alta honra que, sin título alguno de mi parte, me otorgais admitiéndome en él; y admirador respetuoso á la vez del culto que en la serena region del más acendrado amor á las letras tributais en esta solemnidad académica á la memoria imperecedera del príncipe de los ingenios españoles, permitid al último de vosotros y al que por su profesion vive alejado del ameno campo que con tanto fruto cultivais, el que por breves instantes abuse de vuestra benevolencia, para considerar á Miguel de Cervántes Saavedra como filósofo, y como filósofo cristiano.

Si en todos los accidentes de su azarosa existencia no descubriese Cervántes la marcha progresiva de un genio superior y extraordinario, nos lo probarian concluyentemente la vasta erudicion de sus escritos, la elevacion espontánea de sus máximas y la triste realidad de sus desdichas.

Ciertamente que si hubo alguno, Cervántes fué quien practicó aquella saludable advertencia: «no seais filósofos sólo con las palabras, sedlo asimismo con los hechos» (2).

Nació Cervántes al terminar la mitad del siglo xvi (3), y

(1) Discurso leído en una de las sesiones públicas de la Academia Cervántica Española, establecida en la ciudad de Vitoria.

Como siempre es tiempo para honrar entre españoles la memoria de Cervántes, muy de grado publicamos hoy en las páginas de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD los elogios tributados á su nombre por nuestro ilustrado compañero y amigo el señor Moraza en el oportuno é interesante trabajo que hemos recibido de la culta capital de Álava. Así se verá que en toda la patria española, desde Irun á Cádiz, y en el antiguo como en el nuevo mundo, no hay sino una voz para celebrar á toda hora la gloria inmarcesible del *Príncipe de los ingenios*.

(2) *Philosophi non verbis sed factis simus*. San Cipriano.— *Operibus credito et non verbis*, cap. 25. Segunda Parte del Quijote.— *Operibus credito*. San Juan, cap. 10, versículo 38.

(3) Año de 1549. Vida de Miguel de Cervántes Saavedra, por D. Gregorio Mayans y Siscar.

descendió á la tumba bien entrado el xvii (1), cubierto de la corona de gloria cuyas inmarchitas hojas regais hoy con el sudor fecundo de vuestra inteligente actividad.

¿Cuál era el estado de las letras en aquellas edades?

En el siglo xiv trajo del Oriente los restos del saber humano allí refugiados en el cataclismo que puso fin á la civilizaci6n antigua.

A merced de los turcos Constantinopla en el siglo xv, los griegos se esparcieron por Italia; Bolonia y Roma, Milan y Florencia, Padua, Ferrara y Pisa, franquearon generosamente sus puertas á los mensajeros de las luces á que los Papas Nicolas V y Leon X con decidido esfuerzo ampararon y protegieron.

Providencialmente aparece ent6nces la imprenta, y las obras de Arist6teles y Platon, y los g6rmenes de filosofa conservados en medio de la ignorancia y las tinieblas, renacen con nueva savia y m6s vigoroso impulso allí donde se extinguieron sus postreros resplandores, allí donde, por otro inescrutable arcano del cielo, sobre las ruinas del carcomido trono de los Césares se levant6 el poder, que vino á salvar la Europa de la disoluci6n y del estremecimiento general en que estaba envuelta.

Italia y Espa~a pudieron ya vislumbrar primero, y contemplar despues, las grandes figuras de Raymundo Lulio, del Dante, del Petrarca, de Ariosto, de Bocacio, de Fernan Perez de la Oliva, de Zurita, de Juan Gines de Sepúlveda, del Maestro Ávila, de Hurtado de Mendoza, de Fray Luis de Leon, de Morales, de Sigüenza, de Yépes, de Mariana y de tantos otros escritores y poetas y filósofos, que enriquecieron y poblaron la república de las letras, y cuyas inspiraciones y conocimientos se reunieron, condensaron y concentraron todos en la mente prodigiosa de Cervántes.

En nada entibiaron el religioso ardor de éste ni la férrea convicci6n de sus creencias, el estoicismo reproducido por Justo Lipsio, ni el escepticismo que empezaron á sustentar

(1) 23 de Abril de 1816.—Libro de Entierros de la parroquia de San Sebastian de Madrid.

Maquiavelo y Montaigne, ni las aberraciones que anunciaban en el horizonte de las ideas los que, acogiéndose al orgullo de la razón individual, en lugar de someterse al yugo de la autoridad para penetrar con paso firme en el caos profundísimo y en el intrincado laberinto de los orígenes de las cosas y de las relaciones misteriosas de la humanidad, siguieron el derrotero expuesto y peligroso que Juan Wicleff, lector de teología de Oxford, inició en Inglaterra en el siglo xiv (1), Juan de Hus y Jerónimo de Praga continuaron en Bohemia en el xv (2), y acabó de recorrer Lutero en el xvi, alzando osado el pendón de la protesta contra el catolicismo, depositario augusto de la fe, de la tradición y de la historia (3).

Miguel de Cervántes Saavedra, doméstico al servicio del Cardenal Acuaviva, soldado de Colonna, manco en Lepanto, cautivo en Argel (4), escritor en la cárcel de Argamasilla, en donde « toda incomodidad tenía su asiento y todo triste ruido hacía su habitación » como en el prólogo de la Primera Parte del Quijote nos lo advierte, y espirando tranquilamente hoy hace 258 años, en la calle de Leon de Madrid (5), nos presenta el trasunto más perfecto de un filósofo cristiano.

Pero la filosofía de Cervántes fué la emanación directa del genio; fué un destello de la filosofía divina.

« Yo soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural curiosidad », dice Cervántes (6), y su ardiente y decidida vocación al saber es toda su educación literaria. Ni en Italia ni en España asistió Miguel

(1) Gregorio IX expidió varias bulas en 1377 al Arzobispo de Cantobery, al Obispo de Lóndres, á la Universidad de Oxford y al Rey Eduardo, condenando los errores de Wicleff. En 1382 el Sínodo de Lóndres condenó como heréticas diez proposiciones, y como peligrosas catorce. En 1396, gobernando la Iglesia Bonifacio VIII, otro Concilio provincial de Lóndres condenó diez y ocho proposiciones de Wicleff. Después fueron condenados todos sus errores en el Concilio Constantiense.

(2) Condenados sus errores por el Concilio ya citado de Constanza en 1414-1416.

(3) Leon X expidió en 1520 la bula *Eurgete Domine*, condenando la herejía de Lutero.

(4) Vida de Cervántes, por el Sr. Mayans.

(5) Libro de Entierros de la parroquia de San Sebastian de Madrid, ya citado.

(6) Cap. 9.º Primera Parte del Quijote.

á las célebres aulas de Padua y Bolonia, Salamanca y Alcalá, que tan eficazmente contribuyeron al renacimiento de las letras.

Porque Miguel de Cervántes Saavedra, sin haber estudiado filosofía, era filósofo.

Él poseyó en toda su extension las letras humanas, la historia sagrada y profana, las ciencias y cuanto estaba comprendido bajo el bello nombre de filosofía. Ni la medicina, ni la economía, ni la política, ni el derecho le eran extraños.

En el prólogo del Quijote, á que ya he aludido, habla de Aristóteles y de Platon, de la Sagrada Escritura, de Santo Tomás, de los Doctores de la Iglesia, de Jenofonte, de Horacio, del Evangelio, de Ovidio, de Virgilio, de Ciceron, de Plutarco, del Obispo de Mondoñedo y de otros varios autores y escritores y poetas (1): en el donoso escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron de los libros de D. Quijote (2), y en el cual se descubre ya el espíritu eminentemente cristiano que caracteriza á toda la obra, se contiene una comprobacion de esto mismo, no pudiendo uno ménos de admirarse de las críticas y atinadas apreciaciones y de la inteligencia que su alto ingenio tenía de la literatura hasta su siglo conocido: el indulto que los severos investigadores concedieron, de la pena de las llamas, á Amadis de Gaula y á Palmerin de Inglaterra, por más que dudasen de la bondad del primero, y la consideracion con que trataron á la Diana de Jorge de Montemayor, á la de Gil Polo, al Pastor de Filida, al Cancionero de Lope Maldonado, á la Araucana de Ercilla, á la Austriada de Juan Rufo, al Monserrate de Virues y á las Lágrimas de Angélica, con la delicada censura que el propio Cervántes hace de la Primera Parte de su Galatea, bastan para demostrar lo extenso de su instruccion, y lo recto y sensato de su criterio.

En el Quijote, despues de decir Cervántes que «ninguna historia es mala como sea verdadera» (3), añade «que la

(1) Prólogo de la Primera Parte del Quijote.

(2) Cap. 8.º, Primera Parte del Quijote.

(3) Cap. 9.º, id. 1.º id.

historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir» (1), definición más clara, más exacta y más filosófica si cabe que la tan renombrada del Príncipe de los oradores romanos (2); y no satisfecho con esto, en otros pasajes de la misma obra repite «que la historia es como cosa sagrada porque ha de ser verdadera, y que donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad (3), y que las historias fingidas tanto tienen de buenas y deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza de ella, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas» (4).

Agreguemos á esto la preciosa disertación sobre la edad de oro á los Cabreros (5)', las discretas explicaciones que pone Cervántes en boca de Marcela para justificar su desamor á Crisóstomo (6), las no ménos oportunas razones que los galeotes dieron á D. Quijote acerca de sus causas y castigos (7), la historia de Cardenio, la novela del Curioso impertinente (8), la carta de Luscinda (9), los diálogos de D. Quijote y Dorotea (10), la vida de ésta (11), el magnífico discurso de las letras y las armas (12), en donde elocuentemente se indican el fin y paradero de una y otra institución (13), la relación del cautivo (14), el retrato de Amadis de Gaula (15), los diálogos de Sancho Panza y su mujer (16), la entusiasta exposición de

(1) Cap. 9.º, Primera Parte del Quijote.

(2) *Historia vocatur testis temporum, vite memoria, magistra lucis, nuntia veritatis.*—Cicerón, lib. 2.º de Orat.

(3) Cap. 3.º, Segunda Parte del Quijote.

(4) Cap. 12, id. id. id.

(5) Cap. 11, Primera Parte del Quijote.

(6) Cap. 14, id. id. id.

(7) Cap. 22, id. id. id.

(8) Capítulos 24, 33, 34 y 35, id. id. id.

(9) Cap. 27, id. id. id.

(10) Cap. 29, id. id. id.

(11) Cap. 30, id. id. id.

(12) Capítulos 37 y 38, id. id. id.

(13) Id. id. id. id.

(14) Capítulos 39, 40 y 41, id. id. id.

(15) Cap. 1.º, Segunda Parte del Quijote.

(16) Cap. 15, id. id. id.

la profesion de la Caballeria (1), la descripcion de las bodas de Camacho (2), el sarcasmo á la vez que la nocion que de las ciencias fisico-matemáticas acreditó poseer Cervantes en la narracion del viaje de D. Quijote y Sancho en el Clávileño (3), los consejos que dió D. Quijote á Sancho cuando fué á encargarse del gobierno de la Ínsula Barataria (4), la pintura de la pobreza (5), el elogio de los buenos médicos (6), el inimitable cuadro de la vida pastoril (7), y la crítica de la literatura y de los malos traductores (8); y ante tan mágico y sorprendente conjunto de imágenes y pensamientos de nuestro autor, el asombro y la admiracion se reproducen y acrecientan á medida que se lee, se analiza y se estudia tan inmortal y gigantesca produccion del ingenio humano.

Mas ¿á qué molestaros, Señores?

Abrid por donde quiera el Quijote de la Mancha, y allí vereis brotar con mayor abundancia y lozanía que las flores en los campos despues de las lluvias de Abril, las sentencias, las máximas, las ideas y los principios de la más sana y elevada filosofía.

Allí habreis una y mil veces fijado vuestra consideracion ilustrada sobre el fondo inagotable de verdades morales eternas, inmutables como la Divinidad que las inspiró, y que unas tras otras, cual perlas brillantísimas, salen de aquella privilegiada y colosal inteligencia, manantial perenne de sabiduría, que en expresion de la Escritura es ménos comun y de más valor que el oro y las piedras preciosas (9). Allí habreis contemplado con entusiasmo religioso la oportunidad con que se reprende la alabanza propia (10), segun los libros sagrados

(1) Cap. 6.º, Segunda Parte del Quijote.

(2) Cap. 20, id. id. id.

(3) Cap. 41, id. id. id.

(4) Capítulos 42 y 43, id. id. id.

(5) Cap. 44, id. id. id.

(6) Cap. 47, id. id. id.

(7) Capítulos 58 y 67, id. id. id.

(8) Cap. 62, id. id. id.

(9) Prov., cap. 20, v. 15.

(10) Cap. 16, Primera Parte del Quijote.

lo prescriben (1): allí habreis admirado cuál se comprende la rueda continua de la humanidad cuando apoyada en esta continuidad erige Cervántes un hecho triste en un pensamiento profundamente filosófico «un mal llama á otro» y «el fin de una desgracia suele ser principio de otra» (2): allí, al decir «que siempre las desdichas persiguen al buen ingenio (3), y que no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios» (4), se pinta y retrata Cervántes á sí propio: allí, al recordar la amarga realidad que encierra la idea «de que el hombre sin honra peor es que un muerto» (5) y la «de que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna» (6), habreis sin duda alguna experimentado en lo intimo de vuestros corazones el consuelo inefable de la virtud, que fué la norma y pauta constante de las acciones de nuestro ínclito patrono. Lo mismo os habrá acontecido al leer «que la verdadera nobleza consiste en la virtud» (7), «que se ha de estimar en más aquella intencion que tiene por objeto más noble fin» (8), y «que el fin de las letras humanas, es poner en su punto la justicia distributiva y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden» (9). A la paz la juzga «la joya, sin la que ni en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno» (10), y dice «que Dios la bendijo» (11). Al hablar de la virtud no habreis olvidado lo que afirma: «su senda es muy estrecha y el camino del vicio ancho y espacioso, y sus fines y paraderos son diferentes; porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso,

(1) *Laudet te alienus et non os tuum, extraneus et non labia tua.* Proverbios, capitulo 27, v. 2.

(2) Cap. 23, Primera Parte del Quijote.

(3) Cap. 22, id. id. id.

(4) Cap. 28, id. id. id.

(5) Cap. 33, id. id. id.

(6) Cap. 24, id. id. id.

(7) Cap. 30, id. id. id.

(8) Cap. 37, id. id. id.

(9) Cap. id. id. id. id.

(10) Cap. id. id. id. id.

(11) Cap. 14, Segunda Parte del Quijote.

acaba en vida, y vida que no tendrá fin» (1). «Letras sin virtud, exclama en otro pasaje, son perlas en un muladar» (2); en otro nos advierte «que los hijos son pedazos de las entrañas de los padres, y así se han querer buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida, tocando á los padres el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud y de las buenas y cristianas costumbres, para que sean báculo de su vejez y gloria de su posteridad» (3); en otro nos recuerda la igualdad en la otra vida, diciendo «que al dejar este mundo y meternos la tierra dentro, por tan estrecha senda va el Príncipe como el jornalero» (4); en otro, «que la sangre se hereda y la virtud se aquista» (5); en otro, «que la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale» (6); en otro, «que el hombre debe preciarse más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio» (7); en otro, «que no se conoce el bien hasta que se ha perdido» (8); en otro, «que un abismo llama á otro abismo y un pecado á otro pecado» (9); en otro, «que la virtud se ha de honrar en donde quiera que se hallase» (10); en otro, «que la honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso» (11); en otro, «que más debe estimarse la virtud, que la libertad y la vida» (12); en otro, «que la virtud es tan poderosa, que por sí sola saldrá vencedora de todo trance y dará de sí luz en el mundo como

(1) Cap. 6.º, Segunda Parte del Quijote.

(2) Cap. 16, id. id. id.

(3) Cap. id. id. id. id.

(4) Cap. 33, id. id. id.—*Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.*—Horat. Oda 4.ª, Lib. 1.º *Carminum.*—*Unus ergo introitus est omnibus ad vitam, et similis exitus.*—Lib. de la Sabiduría, cap. 7, v. 6.

(5) Cap. 42, Segunda Parte del Quijote.

(6) Cap. id. id. id. id.

(7) Cap. id. id. id. id.

(8) Cap. 54, id. id. id.

(9) Cap. 60, id. id. id.—*Abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum.* Lib. de los Salmos, el 41, v. 8.

(10) Cap. 62, id. id. id.

(11) Cap. 42, id. id. id.

(12) Cap. 33, Primera Parte del Quijote.

la da el sol en el cielo» (1); en otro, «que la honra puédelo tener el pobre, pero no el vicioso» (2); en otro, «que donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida» (3); en otro, «que siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados» (4); en otro, «que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado» (5); en otro, «que el Jefe de un pueblo debe ser padre de las virtudes y padrastro de los vicios» (6); en otro, «que los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y acompañe, como los ricos tienen quien les lisonjee y acompañe» (7); en otro.... Pero ¿á qué fatigar vuestra atención, cuando en todas las partes y sucesos del Quijote de la Mancha se tropieza á cada momento con una máxima y con un pensamiento de la más pura filosofía, en medio de una erudición universal y de un fondo sin término de conocimientos de historia, de literatura, de geografía, de astrología, de heráldica, de milicia, de crítica, de economía, de legislación, de política, y de cuanto hasta entonces se había escrito en los infinitos ramos del saber humano?» (8)

Sin ir muy léjos, el bellissimo capítulo II de la Primera Parte del Quijote, que en cumplimiento de los Estatutos de la Academia se acaba de leer, proclama cuanto desaliñadamente estoy diciendo.

En ese capítulo, que es un verdadero monumento del vivo idioma castellano, describe Cervántes la salida del hidalgo en la preciosa forma y grandilocuente y poética alocucion, que admiraréis por cierto cuantas veces le traigais á vuestra memoria. En él se burla Cervántes con superior y sarcás-

(1) Cap. 47, Primera Parte del Quijote.

(2) Prólogo de la Segunda Parte.

(3) Cap. 2.º, Segunda Parte del Quijote.

(4) Cap. 6.º, id. id. id.

(5) Cap. 33, id. id. id.

(6) Cap. 51, id. id. id.

(7) Cap. 21, id. id. id.

(8) Capítulos 12, 13, 18, 25, 31, 32, 39, 48, 49 y 50 de la Primera Parte; 1, 2, 3, 4, 6, 8, 16, 18, 22, 24, 25, 53, 70 y 71 de la Segunda Parte, y otros muchos de la Primera y Segunda.

tico ánimo del vulgo de los escritores de su tiempo, y pretendiendo imitar su ampuloso, grave y enfático estilo, nos ha dejado el más brillante ejemplo de bien decir. La salida de D. Quijote por los campos de Montiel, la venida de la aurora «por las puertas y balcones del manchego horizonte», la ventura del siglo en que las proezas del héroe saldrían á luz, y el interés con que la posteridad «las conservaría entalladas en bronce, esculpidas en mármoles y pintadas en tablas para memoria de lo futuro», los paréntesis tan intencionados y oportunos con que la ficción se procura revestir de la más aproximada verosimilitud, la llegada de D. Quijote á la venta que se le antojó castillo, y todo lo demás que tan vivamente refleja las ilusiones del protagonista del poema y el conocimiento de la sociedad que servía de teatro al desenvolvimiento del plan, constituyen un conjunto de imágenes, de poesía, de censura y de interés, cuyo análisis es imposible hacer, porque sus encantos abruman, confunden y extasían hasta el extremo de resistirse á la manifestación del más legítimo y merecido elogio.

En el capítulo, pues, en que me ocupo, cuando las mozas de la venta se apartaban medrosas ante la extravagante figura y seco rostro de D. Quijote, éste trató de contenerlas apellidándolas «altas doncellas», lo que en las mozas produjo una explosión de risa, que reprobó el caballero con aquellas palabras que por sí solas forman un tratado completo de filosofía: «bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sanchez además la risa que de leve causa procede.»

No concluiría, Señores, si para patentizar los inconmensurables conocimientos y dotes poéticas de Cervantes afligiera vuestra paciencia exponiendo lo que teneis mejor estudiado que yo.

Debo, sin embargo, continuar repitiendo, que la filosofía de nuestro patrono, los actos de su vida, las revelaciones de su genio y sus obras y trabajos literarios, encaminados fueron al seno de donde todo bien procede y de donde se derivó el destello de aquella inteligencia que asombró al mundo; porque, ya se ha indicado, Cervantes fué un verdadero filósofo, y siéndolo, ¿cómo no acercarse siempre y en todas sus

manifestaciones al centro de la divinidad? Sabeis, Señores, que mucha filosofía conduce á la religion, y que poca filosofía desvía al hombre de la religion (1); y como Cervántes, vuelvo á decir, fué el escritor, el poeta, el historiador y el filósofo por excelencia, de aquí lo firme y sólido de sus convicciones y creencias.

Cervántes, pues, en la obra inmortal del Quijote nos dejó escrito «que hay en el cielo un Dios que no se descuida de castigar al malo ni premiar al bueno» (2); que «las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos; que las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos» (3); que «en el cielo es donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra» (4); que «aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea el de la misericordia que el de la justicia» (5); que «cuando Dios amanece, para todos amanece» (6); que «el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres» (7); que «Dios que da la llaga, da la medicina» (8); que «no hay otra cosa en la tierra más honrada que servir á Dios» (9); que «á Dios sólo está reservado conocer los tiempos y los momentos» (10); que «Dios sufre á los malos, pero nó para siempre» (11); que «siempre favorece el cielo los buenos deseos» (12); que «la santidad consiste en la caridad, en la humildad, en la fe, en la obediencia y en la pobreza» (13);

(1) Bacon.

(2) Cap. 23, Primera Parte del Quijote.

(3) Cap. 33, id. id. id.

(4) Cap. 36, id. id. id.

(5) Cap. 42, Segunda id. id.

(6) Cap. 47, id. id. id.

(7) Cap. 60, id. id. id.

(8) Cap. 19, id. id. id.

(9) Cap. 24, id. id. id.

(10) Cap. 25, Segunda Parte del Quijote.

(11) Cap. 40, id. id. id.

(12) Cap. 43, id. id. id.

(13) Cap. 44, id. id. id.

que « las dádivas del hombre no pueden corresponder á las de Dios con igualdad, por la infinita distancia que hay entre la criatura y el Criador » (1); que « no hay fortuna en el mundo, y las cosas que en él suceden, buenas ó malas, no vienen al acaso, sino por la particular providencia de los cielos » (2); que « suele Dios ayudar al buen deseo del simple y desfavorecer al malo del discreto » (3); que « muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo » (4); que « á quien se humilla, Dios le ensalza » (5); que « si Dios por su infinita misericordia no socorre al hombre, sus esfuerzos son inútiles » (6); que « las desgracias deben comunicarse á Dios, pues no hay nadie en la tierra de quien se pueda esperar mejor consejo en las dudas, alivio en las quejas y remedio en los males » (7); que « el cristiano está más obligado á su alma que á los respetos humanos » (8); que « Dios está en el cielo y ve las trampas, y será Juez de quien hace más mal » (9); que « los amigos no se han de valer de la amistad en cosas contra Dios, y que el cristiano por ninguna amistad humana ha de perder la divina » (10); que « acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible » (11); que « la Santa Escritura no puede faltar un átomo de la verdad » (12); que « no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios » (13); que « nadie puede prometerse más horas de vida que las que Dios quiere darle, porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener

(1) Cap. 58, Segunda Parte del Quijote.

(2) Cap. 66, id. id. id.

(3) Cap. 50, Primera id. id.

(4) Cap. 8.º, Segunda id. id.

(5) Cap. 11, Primera id. id.

(6) Cap. 15, id. id. id.

(7) Cap. 28, id. id. id.

(8) Cap. id. id. id. id.

(9) Cap. 30, id. id. id.

(10) Cap. 33, id. id. id.

(11) Cap. 1.º, Segunda id. id.

(12) Cap. 1.º, Segunda Parte del Quijote. — *Et non potest solvi scriptura.* — San Juan, c. 10, v. 35.

(13) Cap. 4.º, id. id. id.

ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras» (1); que «siempre ha creído firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana» (2); que «los cristianos católicos y andantes se han de atener á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, y que sus obras no han de salir del límite que tiene puesto la religion cristiana que profesan» (3); que «Dios, su señora y su brazo valian á D. Quijote en sus empresas» (4); que «Dios está con nosotros» (5); que «el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad» (6); que «Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y que no nos habia de mandar cosa que fuese imposible cumplirla» (7); que «una tantica parte del cielo, aunque fuera de media legua, la tomaria Sancho de mejor gana que la mayor ínsula del mundo, á lo que respondió el Duque: «yo no puedo dar parte del cielo á nadie aunque no sea mayor que una uña, porque sólo á Dios están reservadas esas mercedes y gracias» (8); que «Dios sabe la verdad de todo» (9); que «Dios que nos ha echado en el mundo sabe para qué, y á su misericordia hay que atenerse» (10); que «el principio de la sabiduría es el temor de Dios» (11); y que «en las buenas repúblicas se debe premiar la virtud y tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos» (12); que... seria interminable la enumeracion de los pensamientos cristianos del Quijote de la Mancha, en cuya obra no hay una página que no los contenga. Cer-

(1) Cap. 7.º, Segunda Parte del Quijote. — *Et non potest solvi scriptura.* — San Juan, cap. 10, v. 35.

(2) Cap. 8.º, id. id. id.

(3) Cap. id. id. id. id.

(4) Cap. 14, id. id. id.

(5) Cap. 19, id. id. id.

(6) Cap. 27, id. id. id.

(7) Cap. id. id. id. id.

(8) Cap. 42, id. id. id.

(9) Cap. 40, id. id. id.

(10) Cap. id. id. id. id.

(11) Cap. 40, Segunda Parte del Quijote. — Libro de los Salmos, el 110, v. 9.

(12) Cap. 49, id. id. id.

vántes habla de la institucion del sacramento del matrimonio con arreglo á la más pura ortodoxia de la Iglesia (1), y reconoce la indisolubilidad proclamando el precepto del Evangelio: «á los que Dios junta, no puede separar el hombre» (2); llama *poeta cristiano* á Ludovico Ariosto (3); elogia la cristiandad y liberalidad del conde de Lemos y la suma caridad del Arzobispo Sandoval y Rójas (4); reproduce interesantes imágenes de la Sagrada Escritura, sacando de ese inagotable tesoro de sabiduría divina las sentencias más oportunas y congruentes al objeto de su sublime concepcion (5); imita á los clásicos latinos; describe en el más poético estilo; y forma, purifica y da esplendor á la lengua castellana, descolando en todos los pasajes, situaciones y circunstancias la idea religiosa, como piedra angular del motivo y fin de su pensamiento (6).

Así descarga el peso de su amargura y de sus tribulaciones en esta vida, el filósofo que escribió: «Si la virtud fuese riqueza que se estimara, no envidiaría yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias» (7). Así, expresando los labios la abundancia del corazón, como lo dice el mismo Cervántes (8), aquilata el fervor de sus creencias el católico que en todas las páginas de su libro invoca el nombre de Dios, cual estrella luminosa que dirige su inspiracion y su inteligencia. Así y con tanta justicia y aplauso se conquistó Miguel de Cervántes Saavedra el cetro de oro de la literatura patria, en el poema (9) que sirve de materia á estas impertinentes consideraciones.

(1) Cap. 33, Primera Parte del Quijote.—Libro de los Salmos, el 110, v. 9.

(2) Cap. 21, Segunda id. id.—*Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet.*—San Mateo, cap. 19, v. 6.

(3) Cap. 6.º, Primera Parte del Quijote.

(4) Prólogo de la Segunda Parte del Quijote.

(5) Capítulos 23, 46, 50 de la Primera Parte; 1.º, 3.º, 7.º, 8.º, 12, 21, 22, 27, 28, 40, 42, 45 de la Segunda Parte, y otros varios de la Primera y Segunda.

(6) Capítulos 21, 25, 40, 41, 43, 49, Primera Parte; 2.º, 7.º, 11, 16, 25, 27, 29, 39, 48, 51, 52, 54, 55, 58, 67, 69 de la Segunda, y otros muchos.

(7) Cap. 23, Primera Parte del Quijote.

(8) Cap. 12, Segunda id. id.—San Mateo, cap. 12, v. 34.

(9) La épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.—Cap. 47 de la Primera Parte del Quijote.

Esa obra, Señores, escrita al parecer para poner en ridículo los libros de Caballería, tiene el raro privilegio de su universalidad, en términos de que todos se han apoderado de ella, y comprendido y juzgado naturalmente y sin violencia alguna, los personajes y caracteres que componen la máquina de la fábula, prestando formas sensibles en la vida real y práctica al maravilloso idealismo del autor. «Es tan clara la historia de D. Quijote, dice Cervántes, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean; los mozos la leen; los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada, y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante.....» Unos la toman si otros la dejan; éstos la envisten y aquéllos la piden; finalmente, la tal historia es del más gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico (1).»

Con efecto; esa obra de todos tiempos y lugares, epitome y compendio de las luces condensadas de dos civilizaciones, y de cuanto habia podido averiguar la razon humana, será siempre la admiracion de los sabios, y la escuela de las generaciones venideras. El Quijote de la Mancha lo leerán con igual ansiedad, miéntras subsista la armoniosa, precisa y elocuente habla castellana, cuantos quieran estudiar sus bellezas, los encantos de nuestra poética y el grado de nuestros adelantamientos literarios en el siglo xvi y xvii. Monumento eterno de inspiracion divina, á tus claras y cristalinas fuentes acudirán cuantos deseen estudiar las costumbres de tiempos que pasaron, y en la corriente purísima de tus magníficas descripciones y pinturas, beberán los que quieran dar con utilidad y fruto esparcimiento á su ánimo; que tus imágenes, tus escenas, tu enseñanza y tus sentencias en ninguna otra parte los hay mejores. Jóvenes y viejos, ignorantes é instruidos, sencillos y maliciosos, altos y bajos, pueblo y

(1) Cap. 3.º, Segunda Parte del Quijote.

nobleza, gobernantes y gobernados, todos teneis allí doctrina que aprender, consejos que seguir, moralidad que aprovechar, cuadros que os deleiten, retratos que dibujen vuestros defectos y vuestras imperfecciones para que las modifiqueis y corrijaís, y un tesoro, en fin, de filosofía tan consoladora y tan inefable, que os ayudará á soportar con resignacion y paciencia las adversidades de la humanidad, pues que allí sólo á Dios, sólo á la virtud, sólo á la honra, en galanas, seductoras é inimitables formas, se rinde veneracion y homenaje. Yo le rindo tambien, con toda la efusion de mi alma, al sólido, rico y envidiable pedestal de nuestra literatura y de nuestra filosofía; yo me prosterno humilde ante la grande figura del sabio inspirado á quien hoy conmemoramos.

Dos siglos y medio han trascurrido desde que Miguel de Cervántes Saavedra bajó al sepulcro, y su aureola inmarcesible se ostenta cada vez más limpia y refulgente.

Recordad, Señores, que entre el siglo xvii y el xix está el xviii; siglo de descreimiento en el orden religioso, de delirio en el orden filosófico, y de corrupcion en el orden literario; porque la religion, la filosofía y las letras, son hermanas. El polvo que ha levantado ese siglo en el sendero de la humanidad y en el camino de las buenas ciencias y de las buenas letras, no ha oscurecido la imágen de nuestro ingenio. Por el contrario, Señores, á traves de ese polvo y en la vasta extension del prodigioso horizonte de las ideas, la figura del manco de Lepanto aparece más radiante, más majestuosa y más sublime.

¡Felices vosotros que habeis concebido el noble designio de esta institucion, planteada con tanto acierto, y llevada á cabo con provechosa perseverancia, para mantener vivo, como el fuego sagrado de Vesta, el incesante culto al Príncipe de los ingenios españoles!

Nó, no escribió ciertamente para vosotros Cervántes: «El tiempo devora y consume todas las cosas» (1); ni tampoco «no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que

(1) Cap. 9.º, Primera Parte del Qui ote.

muerte no le consuma» (1), pues que para vosotros estará siempre fresca, siempre lozana la remembranza de aquel á quien tan justamente apellidaron «Cristiano ingenio de nuestros tiempos», los Terceros de San Francisco, que le llevaron á enterrar con la cara descubierta» (2).

Esa cara, tras la que se veló el genio de los genios, es el sol que iluminará perpetuamente la inteligencia de los siglos; el orgullo de las letras españolas; el símbolo de vuestras levantadas aspiraciones y desvelos, y el faro que con seguridad guiará vuestra aplicacion y vuestro talento por el escabroso sendero del trabajo, al templo de la inmortalidad y de la gloria.

MATEO BENIGNO DE MORAZA.

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS (3).

La ciencia astronómica, que en sus profundas investigaciones nos descubre la magnificencia y el esplendor de ese inmenso palacio, donde tiene la Divinidad su majestuoso trono, ha marcado, con su compás admirable, la magnitud, las proporciones y la belleza de un gran número de astros, y averiguado el movimiento y el curso que siguen en el espacio, obedientes todos á la ley que les imprimiera el Hacedor Supremo. Pero hay en los cielos otra multitud innumerable de

(1) Cap. 15, Primera Parte del Quijote.

(2) Epitafio de D. Francisco de Urbina á Miguel de Cervántes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, á quien llevaron los Terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta, como Tercero que era.

..... prenda cierta
De que pudo á la partida,
Desde esta á la eterna vida,
Ir la cara descubierta.

(Vida de Cervántes por el Sr. Mayans, ya citada.)

(3) Por haber llegado tarde á nuestras manos, no se insertó en el cuaderno anterior el presente artículo, que hoy damos á luz con mucho gusto.

astros, no ménos bellos y rutilantes, aunque no los conozcamos por sus propios nombres, ni haya descubierto la ciencia su magnitud ni las órbitas en que giran. Sabemos que existen en grupos luminosos, que dan luz á los cielos, encanto á la tierra y gloria al Omnipotente, á quien sirven de magnífica y esplendorosa alfombra: mas no nos es posible contarlos, ni definir sus especiales cualidades y circunstancias.

Esto mismo pudiera decirse á propósito de la gran festividad de *Todos los Santos*, que celebra la Iglesia en el día primero del mes presente, con inefable regocijo para los cristianos. La celestial Jerusalem cuenta, entre sus felices moradores, esas legiones innumerables de los ministros del Señor, creados en el principio de los tiempos para ser sus servidores y mensajeros, y los instrumentos de su justicia ó de su misericordia, como nos revelan las sagradas páginas, en portentosos sucesos. También moran en aquel Eden de incomparables delicias, los ilustres mártires de la fe cristiana, que dieron su vida en aras del amor, por conservar immaculado y puro el depósito de las verdades religiosas, y los que las confesaron á la faz del mundo; ofreciéndonos con su ejemplo un dechado de sublimes virtudes.

La Iglesia tiene inscritos en su catálogo multitud de nombres esclarecidos de estos varones insignes, que veneramos en los altares; ¿pero cuántos y en mayor número no son los que, adornados de iguales prendas, ciñen hoy en la mansión de los justos la corona de la inmortalidad? A éstos es á los que nos recuerda la Iglesia, siempre inspirada en su culto, en sus ritos y en sus ceremonias, el día primero de noviembre; y justo es, que interrumpiendo hoy por un momento la serie de nuestros trabajos filosófico-religiosos, consagremos un tributo de admiración y un sentimiento de gratitud y de dulcísima esperanza, á los séres dichosos que han trocado las espinas y los dolores de este valle de lágrimas, por las dulzuras inefables y por la felicidad sin límites que reserva el Señor á sus escogidos.

Aunque hablamos en este artículo á los sinceros creyentes, á los espíritus en que viven la fe, la caridad y la esperanza, y que no han menester raciocinios filosóficos para creer y

practicar la doctrina que forma las delicias de su corazón, también pudiéramos decir á los meros filósofos, que sólo creen en la razón y en la historia, que la idea de la santificación de los que han sido justos en la tierra es una creencia universal de todos los pueblos, y un sentimiento instintivo de la humanidad. Los gentiles, en medio de las tinieblas con que ofuscaba el error su mente, reconocieron la existencia de un lugar libre de los dolores y de las penalidades de la vida, donde recibieran los justos el premio de sus buenas obras. VIRGILIO, en su inspirada Eneida, OVIDIO, PROPERCIO, TÍBULO y otros célebres poetas de la antigüedad, nos pintan en dulcísimos versos la paz, las delicias y la ventura de los CAMPOS ELÍSEOS, y nos hablan con entusiasmo de los afortunados moradores de este Eden, donde florece perpétuo el árbol de la felicidad y donde las almas viven bañadas en un mar de luz plácida é inextinguible. El que las supersticiones y los errores dé la idolatría desfigurasen esta grande idea, no quita el valor y la importancia que en sí tiene una creencia tan universal, que el Cristianismo vino á purificar y ennoblecer con sus sublimes verdades, en las que todo es santo, todo puro y celestial, como emanado de la eterna santidad y pureza. Consecuentes las naciones gentílicas con la creencia de una vida inmortal y de un delicioso paraíso, destinaron á esta mansion de placeres á todos aquellos hombres insignes, que habian alcanzado fama en el mundo por su valor, por su sabiduría ó por sus virtudes. Allí, bajo el glorioso título de héroes ó de semi-dioses, moraban, segun la creencia de estos pueblos, los guerreros invictos que habian derramado su sangre por la patria, los legisladores profundos que la ilustraban con sus sábias leyes, los magistrados íntegros, los grandes filósofos, los médicos, los artistas, los poetas y cuantos habian dado gloria á su siglo con preclaros hechos. Si confundió frecuentemente el paganismo el error con la verdad, y el vicio con la virtud; atribuyendo á estos mismos héroes, y aún á sus propios dioses, que estaban más altos, miserias y debilidades vergonzosas, y fundaron la eterna felicidad en objetos que no pueden constituirla, todo esto no impide que el honor tributado á las acciones ilustres, ó á las que equivo-

cadamente se reputaban tales, fuese no ya una creencia, sino hasta un sentimiento irresistible y espontáneo de todos los corazones.

No se comprende, pues, en virtud de qué testimonios históricos, ó por qué raciocinios, se atrevan todavía ciertos filósofos, indignos de este nombre, á sembrar dudas y suscitarse cuestiones sobre esta creencia, que se halla grabada con caracteres indelebles en el corazón de la humanidad, y que el Cristianismo nos la presenta bajo de un aspecto tan sublime y tan admirable, sin que una razón verdaderamente ilustrada pueda ofrecer contra ella objeción atendible.

A la manera que el sol disipa las sombras de la noche, y presenta á nuestros ojos los encantos de la naturaleza, que aquélla ocultaba entre los pliegues de su manto, del mismo modo la luz benéfica del Cristianismo descendió de los cielos para mostrarnos en el espejo purísimo de la fe, siempre armónica con la razón y la filosofía, las grandezas y las felicidades sin término que prepara el Señor á sus predilectos, y que, como nos dice el Apóstol en su arrebatado éxtasis con sencilla elocuencia, *ni el ojo ni el oído del hombre pueden comprender hasta dónde llegan.*

Pero, como ya hemos dicho, no son conocidas por sus nombres todas las hermosas estrellas de este cielo, y hé aquí la sencilla explicación de la festividad de *Todos los Santos*. El oro y las piedras preciosas que están escondidas en las entrañas de la tierra, no son objetos ménos estimables que los de esta especie, cuando figuran por las investigaciones del geólogo y por los trabajos del artista en la espléndida corona de un príncipe: el mérito oculto no tiene ménos valor en el orden moral que el que se halla manifiesto á los ojos de todo el mundo; ántes bien la capa de humildad que le cubre y el olvido en que yace, pueden acaso hacer que suban los quilates de su pureza y de su precio. Así sucede en la vida cristiana: y como el premio no se otorga precisamente á las acciones exteriores que el mundo ha presenciado, sino á los sentimientos y á las virtudes que viven en el fondo del alma, ved aquí por qué hay en el cielo coronas para seres cuyos nombres y cuyos hechos nos son desconocidos; pero que no serán acaso ménos brillan-

tes que las de otros que figuran individualmente en el catálogo de los santos.

Vosotros, los que atravesásteis ignorados y desconocidos el campo de la vida, pero que fieles á la ley de Dios, cumplisteis vuestra mision en el mundo, cultivando la virtud y alimentando vuestro espíritu con la llama de la fe, con el sentimiento de la caridad y con la luz de la esperanza, ocupais hoy un espléndido trono de gloria, aunque para nosotros no tenga nombre. Sabemos que rodea vuestra frente una hermosa corona, aunque no alcancemos á descubrir las brillantes piedras que la esmaltan en las virtudes que practicásteis, ni perciban nuestros ojos los fulgores que despide. La razon iluminada por la fe nos dice que participais de la felicidad eterna, porque vuestra muerte *fué preciosa delante del Señor*, como nos enseña la Iglesia: nos consta que formais entre las innumerables legiones de esos espíritus, que entonan á todas horas el hosana dulcísimo en las mansiones del empíreo; estamos ciertos de que brillais en la presencia de Dios como estrellas de luz inextinguible; por más que no nos sea dable fijar vuestra magnitud, condiciones y circunstancias. A vosotros se dirigen, pues, en este día las felicitaciones ardientes de nuestro corazon, los himnos de nuestra gratitud y los anhelos de nuestra esperanza, que nos alivia las penas y los dolores de esta vida felizmente transitoria.

Es indudable que en el mundo, donde se descubren por desgracia tantos crímenes y tan abominables vicios, florece tambien la semilla de las virtudes, con más abundancia de lo que acaso creemos; y á los que dieron abrigo en su corazon á estas virtudes, cultivándolas con esmero y haciéndoles producir hermosos frutos, es á los que se les ha reservado un sitio de gloria y de felicidad en el celestial paraíso.

Si la Providencia en sus eternos juicios ha dispuesto que la humanidad conozca los grandes hechos y los heróicos ejemplos de un gran número de santos, que veneramos en los altares, no por eso ha dejado de premiar las virtudes, que, aunque desconocidas para el mundo, estuvieron siempre patentes á sus ojos, que *penetran el corazon y las entrañas*, como nos dice el Rey-Profeta. ¡Cuántos en el retiro de la soledad

habrán hecho su tránsito dichoso, despues de haber practicado grandes virtudes! ¡Cuántos, conservando la azucena purísima de la inocencia, sin ser vistos en el mundo, figurarán hoy entre los coros de las inmaculadas vírgenes! ¡Cuántos otros en el rudo ejercicio de la penitencia se habrán formado coronas inmarcesibles de eterno brillo en la presencia de Dios, aunque aquí no las veamos!

El modesto artesano, consagrado á las humildes faenas de su oficio, lo propio que el labrador que cultivaba sus campos, uno y otro sin nombre ni fama, vivirán ahora entre los felices moradores de la mística Jerusalem, si observaron aquí en la tierra la ley santa de Dios, y erigieron un altar á la virtud en el fondo de su alma. Lo mismo en las tareas elevadas ó modestas de la vida social, que en el retiro de los claustros, ó en la soledad de los desiertos, han florecido siempre personas ilustres por sus obras ajustadas á la divina ley, y hoy es el dia de general regocijo para ellas, así como para el pueblo cristiano que les consagra un reverente y amoroso culto.

Algunos de estos séres dichosos vivieron con nosotros en el mundo, sin que nos apercibiéramos de su relevante mérito, ó sin que comprendiésemos todo el valor y excelencia de su virtud; porque su humildad tenia especial cuidado de ocultarla á nuestros ojos. Ahora serán tan elevados y grandes, como aquí fueron humildes y pequeños: ahora el manto de la modestia con que aparecian encubiertos, estará reemplazado por otro de espléndida luz y de gloria, que brillará más puro que el sol en el empíreo.

Allí, en estos grupos de innumerables almas privilegiadas, tendremos, por sus virtudes y por la misericordia de Dios, al pariente, al amigo, al compañero, que nos han precedido en la carrera, como quien nos enseña el camino que conduce á otra vida inmortal. ¡Oh privilegio excelso de la religion cristiana, que, por medio de la *comunion de los Santos*, forma un místico cuerpo entre los que sufren en la tierra las penalidades de la vida, y los que gozan en la patria celestial de interminable dicha!...

Sólo tú, religion divina, formas una inmensa familia de

hermanos, entre los que aquí lloran penas y los que allí disfrutan placeres inefables; y si todos estamos unidos con este vínculo estrecho, con este lazo dulcísimo de caridad; si la redención que ya ha asegurado su felicidad eterna á los moradores de la Iglesia triunfante, brinda también á los de la militante con la misma felicidad, ¿cuán consoladora no debe ser esta idea para nuestro espíritu, cuán deliciosa para nuestro corazón esta esperanza?...

Quien cuenta con personas de valimiento cerca de los grandes y poderosos del mundo, se reputa feliz y seguro contra todo peligro; pues bien: nosotros tenemos cerca del Rey de los reyes protectores zelosos, en tantos y tantos como viven hoy alrededor de su trono, que saben nuestras necesidades, que conocen nuestras miserias, que se interesan en nuestros dolores, y que inflamados de una caridad ardiente y de un zelo santo por la gloria de Dios, piden para nosotros la misma felicidad que ellos disfrutan.

No son indiferentes á nuestra suerte los que ya viven felices, y que habiéndonos amado en este mundo, nos profesan allí un amor más perfecto, sin que este amor inquiete su paz, ni interrumpa su dicha, que es inefable y perpétua á pesar de las vicisitudes humanas; y su mano protectora ha de velar sobre nosotros, para que cumplamos dignamente en el mundo la misión que nos está destinada.

Por la misma senda que ellos marcharon podemos marchar nosotros: ningún especial privilegio les fué concedido; libremente obraron la virtud, é igual libertad disfrutamos nosotros; y si las pasiones nos incitan al vicio y nos impelen al mal, también ellos sufrieron sus estímulos, vencidos con la energía de su voluntad, y con la gracia de Dios, siempre pronta para el que pide su soberano auxilio.

No basta que nos entusiasme y regocije la idea del premio que ellos alcanzaron, si al mismo tiempo no se excita nuestra voluntad á practicar las virtudes que ejercieron; sin lucha no hay victoria ni corona, y el que aspire á ceñírsela ha de conquistarla peleando. Tal es la vida; y no sólo con relación al objeto importante, *al único necesario* de la felicidad eterna, en expresión del Evangelio, sino también para todos los

negocios fugaces y transitorios que nos ocupan en el mundo. Una serie interminable de luchas y de combates en todos los estados y condiciones de la sociedad, hé aquí el triste compendio de la existencia del hombre, que pasa como una ráfaga de luz por la atmósfera.

Pues que nuestro destino es luchar y vivir peleando, luchemos para un objeto grande, para una conquista digna de nuestros sacrificios, para alcanzar una corona que no se marchita como las de laurel, con que premia el mundo á sus héroes.

El trabajo es penoso, constante la angustia, continuo el dolor y débil la naturaleza; pero todo es posible para el cristiano, como nos dice el Apóstol, cuando *nos conforta Aquel* en quien ponemos los ojos de nuestra fe y los tiernos afectos de nuestro amor y caridad.

Los antiguos guerreros se enardecían en el combate, cuando recordaban las hazañas de los héroes; y así nosotros debemos inflamarnos con la memoria y con los ejemplos de tantos de nuestros hermanos, que nos han precedido en la senda de la virtud y del heroísmo cristiano.

¡Bendita mil veces la religion, que formando una misteriosa cadena entre los que triunfan y los que todavía militan, entre los que gozan eternamente y los que aún se alimentan del pan amasado con lágrimas y dolores, los llama á todos hijos de una gran familia, y ofrece á los que viven hoy desterrados la esperanza de un lugar de ventura en la patria comun!...

Con esta esperanza se fortifica el espíritu, se consuela el corazón, y hasta en el fondo de las penas hay para el fervoroso creyente una dulzura indefinible.

F. PAREJA DE ALARCON.



SECCION HISTÓRICA.

UN MUNDO DESCONOCIDO

EN LA PROVINCIA DE EXTREMADURA (1).

LAS HURDES.

SEGUNDA PARTE.

XIII.

Concejo del Casar de Palomero, Azabal y Pedro Muñoz.

1.º

Villa del Casar de Palomero.

Hemos concluido de describir las poblaciones y terreno montañoso á que vulgarmente se da el nombre de Jurdes, y ahora nos vamos á ocupar de un pueblo que, si bien situado en el cuadrilátero en que se hallan aquéllas, no pertenece sin embargo á las mismas.

Este pueblo es el conocido antiguamente por Cas de la Palomera, denominado hoy, por corrupcion, Casar de Palomero.

El Casar, que llama la atencion del país por su posicion, por la riqueza que le rodea y por su hermosura campestre, es un pueblo apenas conocido. No obstante los hechos que en él tuvieron lugar, y la influencia natural que como pueblo de importancia debió ejercer, en algunos periodos de su vida, es lo cierto que no figura en las cartas geográficas, siendo por otro lado escasas y poco concertadas las noticias que con relacion á él se dan en la *España Geográfica* del Sr. Mellado, y en el *Diccionario* del Sr. Madoz.

Verdad es que el Casar se halla encerrado en una de las cuencas que forman las escabrosas sierras jurdanas; pero tambien lo es que su historia tiene páginas gloriosas que le enaltecen, y ponen muy por cima de otros pueblos que, con títulos ménos justos, ocupan en las historias un lugar más levantado.

(1) Véanse los números anteriores.

Venérase en este pueblo la Santa Cruz, y con tal motivo van á él en romería muchas personas.

El Casar, ó más bien las Casas de la Palomera, está formado en la cuenca que forman las altas sierras de Altamira y de Canchorro, y sobre un suave declive.

Su fundacion se pierde en la oscuridad de los tiempos. Los romanos le habitaron, y poseyeron la fortaleza de la Palomera, cuyas ruinas se ven en lo alto de la sierra. No léjos de su poblado se han hallado, hácia el Oeste, escombros y cimientos de arruinados edificios, que por su antigüedad y forma hacen presumir que pertenecieron á los mismos.

La invasion de los bárbaros trajo á este pueblo y á su fortaleza la ruina, como á su vecina Cáparra. Apenas se conservan recuerdos de los primeros tiempos de la monarquía visigoda.

Cuando se extendió por España la doctrina evangélica, los nuevos moradores de este pueblo la abrazaron, y fabricaron un templo para elevar en él sus plegarias al Todopoderoso.

Los hebreos también se establecieron y vivieron por largos años en este pueblo, siendo acaso los que más le enriquecieron y hermosearon.

Mucha parte del acrecentamiento de su riqueza se debe á este linaje, que con su laboriosidad hizo fértiles algunos, aunque pocos, campos, que nada producian, plantando en ellos olivos, y abriendo fábricas de curtidos, tan escasas en el país ántes de su venida, y tan abandonadas despues de su expulsion.

Que á la invasion árabe fué de igual modo escogido este poblado para morada y para ser cabeza del Caidato del territorio, lo atestiguan bien claramente la tradicion constante que así lo expresa, y los restos de una grande y hermosa mezquita de labor prolija, que fué fabricada en el mismo sitio donde se alzaba ántes la iglesia cristiana. Estos restos tan preciosos, aunque constituyen un monumento digno por todos conceptos de conservacion, se hallan por un abandono censurable próximos á desaparecer.

Esta raza, pues, habitó por largos años este territorio, creó su administracion, reedificó el fuerte de la Palomera por los años 800, y trabajando en hermosear los campos y el poblado en sus dias de paz, reformaron el poblado de las Casas de la Palomera, haciéndole uno de los más ricos y apetecidos de la comarca. Como estaba defendido de la invasion de las tropas enemigas, ya por su fuerte, ya por la aspereza de las sierras que le circundan, áun en el tiempo de las guerras que suscitaron nuestros católicos reyes para expulsar esta

raza advenediza del suelo español, este pueblo, de igual suerte que los demas de las Jurdes, no sufrió, como tenemos dicho, las continuas vicisitudes que padecieron otros.

Desde el 770 en que le ocuparon los árabes, estuvo bajo su dominacion, hasta que Fernando I de Castilla les expulsó en el año de 1040.

Desde esta época comienza á ser conocida la historia de la Palomera: hizola villa Fernando I, agregando á su jurisdiccion los pueblos de Palomero y Marchagaz, y la donó en propiedad á las religiosas Comendadoras de Santi Spiritus de Salamanca en 1050; desde entónces perteneció á dicha corporacion, hasta el 1834 en que se extinguieron tales señoríos.

Dada la escasez de noticias que se conservan acerca de este pueblo, no es dable penetrar más en su estudio; pero lo que está fuera de toda duda es, que el fuerte de la Palomera existió en lo alto de la sierra de Altamira, y que éste perteneció á los romanos: que los bárbaros á su invasion le demolieron, y dejaron casi destruido el pueblo, de igual modo que otros de este territorio: que los godos le repoblaron, habitaron en él, y construyeron su iglesia cristiana: que á la invasion de los árabes conquistaron y prepararon en su fuerte uno de los baluartes más grandes y seguros que tuvieron en la comarca; y que ganada por los cristianos esta fortaleza y pueblo un día de Santa Bárbara, demolieron aquélla hasta sus cimientos, edificando luégo en medio de su plaza una pequeña ermita, donde colocaron la efigie de dicha Santa, á la que en accion de gracia se la tributaba culto con una romería el dia de su nombre: de lo que viene á la sierra el segundo nombre de Santa Bárbara, con que se conoce.

Hállase tambien fuera de duda, que en aquel tiempo habitaron el Casar, conjuntamente con los árabes, los hebreos, á quienes fué debido el extraordinario desarrollo que en él tomaron la industria y la agricultura.

Tambien se prueba el asiento de ambas razas en este pueblo, por los útiles hallados en algunas excavaciones hechas en su territorio.

Consignadas las breves noticias que preceden acerca de su antigüedad, pasemos á la época presente, y describamos en primer lugar su territorio.

Está situado el Casar sobre la falda de la sierra Altamira, y en una cuenca formada por la sierra indicada y la del Canchorro (que separan el pueblo de los restantes de la derecha del Alagon por S. y P.).

En la mitad del enlace de estas dos cordilleras está el famoso puerto del Gamo, que es la llave principal de esta población. Al N. se levanta la cresta de la Traoguera, por cuyo pié corren las aguas puras y cristalinas del río de los Angeles, que divide los términos municipales del Casar y Camino-morisco.

La corta jurisdicción del primero de estos municipios se dirige á P. y ocupa una extensión de tierra de figura ovalada. En su medio está la alta y escabrosa cresta del Risco viejo, de pobre producción en la cima, pero de faldas productivas. La cuenca donde está fundado el pueblo pertenece desde la conquista y por virtud de cesiones hechas por nuestros reyes, al Casar, á Ribera de Oveja y á Mohedas, estando por consiguiente formado el primero de dichos pueblos al extremo oriente de este territorio. La feracidad de la expresada cuenca es tal, que no obstante su reducido espacio, produce una gran parte de lo que há menester el vecindario del Casar.

La perspectiva que ofrece este territorio y su poblado es alegre, variada, y llena de encanto y poesía, singularmente en los meses de Mayo á Noviembre. La mano del hombre ha logrado variar de tal suerte las condiciones naturales del suelo, lleno de breñas y asperezas, que visto á cierta distancia y desde un punto en que se domine su campiña, más parece finca de recreo que caserío pobre y sin amparo: tan agradable y risueño es el aspecto que ofrecen aquellos campos cubiertos de viñedos, higueras, guindos y otros frutales, y surcados por una infinidad de arroyuelos de aguas frescas y trasparentes.

Su clima es suave, lo mismo en invierno que en verano. Ni es excesivo el frío, por estar resguardado de los vientos del Norte, ni el calor impide que en el verano más caloroso se pueda salir á la calle á cualquier hora. En el invierno, con todo, el pueblo es triste, por hallarse en una hondonada y recibir poco los rayos del sol.

El desarrollo de la riqueza agrícola, que se advierte en el Casar, desarrollo poco explicable á primera vista, fué debido á la saludable mediación de las monjas de Santi Espiritus, á quienes, como llevamos dicho, hizo Fernando I donación de este caserío, después de hacerlo villa.

Las señoras Comendadoras, movidas por el deseo de hacer bien á sus administrados, concedían el derecho de propiedad de los terrenos incultos de esta jurisdicción al vecino que lo solicitaba, con la condición expresa de hacerlo productivo, y reservándose sólo ciertas fincas para sí. Las concesiones, á más de la condición dicha, quedaban sujetas á sábias ordenanzas, y el adquirente tenía que satisfa-

cer por una sola vez la módica retribucion que señalaban dos peritos nombrados por la municipalidad; esta cantidad entraba en los fondos municipales, y las señoras Comendadoras se reservaban sólo los derechos decimales.

No se puede poner en duda que este modo de obrar era un aliciente eficaz para que la fragosidad del terreno y la maleza de su suelo se convirtieran, como sus pendientes y laderas, en bosques productivos.

En los años que median de 1100 á 1500, el Casar se hallaba en estado floreciente, como lo estuvo durante la dominacion árabe, gracias al trabajo y laboriosidad de sus moradores; pero despues comenzó el periodo de su decadencia, originada por el hecho que vamos á referir. La villa del Casar estaba habitada por cristianos y hebreos. Los de esta última raza, aunque aparentaban vivir contentos y apreciar á los cristianos, no podian llevar con paciencia que éstos tuvieran sobre ellos la preponderancia que las leyes les concedieran, y siempre que á mansalva podian hacer alguna cosa que no les fuera favorable, no dejaban de ponerla por obra. No obstante, pocas noticias nos restan de las desazones y guerras intestinas que hubiera en el pueblo entre cristianos y judíos, por más que los habitantes de esta villa no fueran ménos celosos de su culto que los de otras partes.

Y hé aquí lo que aconteció:

Estamos en 1487. El Casar, que indudablemente era el pueblo más rico y de posicion social más elevada de la comarca, desde mucho tiempo atrás, por voto ó por costumbre venia corriendo un toro de muerte en la vispera de Sanctissimun Corpus. A esta clase de diversion acudian, como hoy acuden, muchas personas de los pueblos inmediatos. Entre ellos, en dicho año acudió un jóven militar del pueblo de Bronco. La fiesta popular comenzó estando llena la plaza de todos los habitantes del pueblo y forasteros, y el toro que se corria, en una acometida que dió, puso en inminente peligro á un jóven del pueblo, de familia distinguida, y de tal modo, que su vida era ya perdida si el dicho militar con el grave riesgo de perder la suya no se hubiese presentado, burlando al toro y arrancándole su presa. La gallardía del jóven militar atrajo, con este hecho, la atencion de aquellas gentes, de quienes recibió los plácemes más ardientes y sinceros.

Los dos jóvenes, libertador y libertado, se retiraron luégo á sitio seguro, desde donde presenciaron la funcion. Desde allí se veia á una jóven hebrea de las casas más principales del pueblo, que por su hermosura y elegante porte llamaba la atencion de los espectado-

res. Pero á quien sorprendió y cautivó más fué al jóven militar, que desde aquel instante quedó perdidamente enamorado de ella: tuvo ocasion de hablarla, y de su entrevista resultó que ambos corazones quedaran unidos en las más estrechas relaciones. Desde entónces Hernan Bravo, que era el nombre del militar, paseaba con frecuencia el camino que hay desde el Bronco al Casar.

Parece que la jóven estaba prometida á un primo suyo llamado don Yusé Salomon, que tambien estaba ciegameute enamorado de su hermosura y buenas prendas; pero desde que tomó cariño á Hernan Bravo, no correspondia al amor con que le brindaba su primo. Noticioso éste de todo, vino á ser de improviso herido de los celos, que dieron ocasion á que entre él y el afortunado militar hubiese cuestiones desagradables, y escenas poco comunes en un pueblo tan pacífico. Hernan Bravo, con todo, no dejaba de venir al Casar á visitar á su hermosa Raquel, que así se llamaba la judía.

El año siguiente á estos hechos fué cuando tuvo lugar el apedreo de la cruz del Puerto del Gamo, cuya historia parece ser la siguiente:

Era el año de 1488. Un pastor, cuyo nombre y vecindad se ignoran, por desgracia, habia formado de tosca madera una cruz, que colocó en el collado, ó sitio denominado Puerto del Gamo.

Disponian entónces las leyes 1.^a y 2.^a, título 24, párrafo 70, *Per totum*, que en los dias en que la Iglesia católica celebra los misterios de nuestra redencion, no pudieran andar los judíos por las calles; y principalmente que el Jueves y Viernes Santo, durante los oficios divinos, tuvieran cerradas las puertas y ventanas de sus casas, ordenando de igual manera que los cristianos pudiesen apedrear impunemente á los que no guardaran tal precepto.

Con esta disposición legal tan terminante, los judíos se veian en la precision de cumplir con exactitud rigurosa tal mandato, porque los cristianos que habitaban el Casar, eran muy celosos para obligarles á su cumplimiento, y no les toleraban en el particular la más pequeña infraccion.

El Jueves Santo de dicho año algunos judíos, entre los cuales se hallaban personas ancianas y de respeto entre su raza, salieron á tomar el sol á una plazuela llamada de los Barreros, que está situada junto á las casas de los mismos, y formada por las manzanas que constituian aquélla; y por más que las campanas de la parroquia habian llamado al templo á los cristianos, para la celebracion de los divinos oficios, continuaron en dicho sitio; y en vez de cumplir con la ley, comenzaron á jugar al tejo ó molon.

Un jóven cristiano, llamado Juan Caletrio, no habia acudido aún al

templo, y pasando por dicha plazuela, vió la algazara y bulla que tenían y su desórden con el juego, por lo que les amonestó prudentemente, á fin de que se retiraran á sus casas, y cumplieran con el precepto que les impusiera dicha ley.

Indignados los judíos con tales amonestaciones, amenazaron al cristiano que así les llamara la atención, en vista de lo cual se marchó el cristiano á la iglesia lleno de disgusto.

Los cristianos se hallaban en ella congregados, y cuando tuvieron noticia de lo ocurrido, se reunieron en número de doce, todos mozos, y resolvieron conseguir por medio de la fuerza lo que no se habia logrado con las amonestaciones. Se dirigieron al sitio, y hallando en él á los judíos, que todavía jugaban, comenzaron á arrojarles piedras, y los obligaron á encerrarse en sus respectivas casas.

Los judíos tomaron este ultraje como el colmo de la ignominia á que estaba sujeta su raza, toda vez que doce mancebos imberbes, sin más autoridad que la que les daba la ley, por ser de diferentes creencias religiosas les habian hecho encerrar en sus casas, privándoles hasta de disfrutar los rayos del sol, por lo que convocaron á concilio en aquella noche; y reunidos en la sinagoga, trataron el modo de tomar venganza de los cristianos, y buscar medio de sacudir el yugo ominoso que éstos les impusieran.

Difícil era para ellos resolver los dos particulares; pero el Rabí, que estaba altamente ofendido por la poca consideracion que los cristianos tuvieran á su dignidad, tuvo la ocurrencia de proponer una venganza que, aunque indirecta, debia herir más vivamente el corazón de los cristianos, que si fuera de otro modo.

La cruz que el pastor habia colocado en lo alto del Puerto del Gamo, era muy reverenciada por los cristianos: esto lo sabian los judíos, y el Rabí tenía más exacto conocimiento de ello. Por eso propuso á la asamblea que la cruz del Puerto del Gamo fuera el blanco de sus iras, y el objeto en que descargasen sus resentimientos, lavando con ello las injurias que les habian hecho los cristianos.

Aceptada la proposicion por toda la gente judáica, acordaron que toda vez que á pedradas habian sido maltratados ellos, á pedradas destrozasen tambien la cruz, y que del mismo modo que habia sido recibida la ofensa, así fuera lavada. Para que tuviera efecto, acordaron se encargasen de su ejecucion cinco personas, y que toda vez que la injuria de los cristianos debiera mirarse, no como cuestion especial de los que habian sido apedreados en aquella mañana, sino general á la raza hebrea, se sorteasen entre todos, y la suerte decidiera quiénes habian de ir á poner por obra su propósito. Tirada

la suerte, fueron por ella elegidos el Rabí, D. Yusé Salomon, Fumbroso, Sicala y Rendaña, ó como otros vulgarmente le llaman, Regaña.

Fumbroso era muy anciano, y apenas podia ocuparse en ejercicios corporales; por cuya razon, teniendo un hijo jóven llamado Zaguito, acordaron que fuese éste en lugar del padre. Tambien acordaron que el hecho se efectuara al dia siguiente Viernes Santo, cuando ya los cristianos estuvieran congregados en el templo.

Llegada la mañana y hora designada, salieron los cinco sayones á esgrimir su saña sobre la cruz del Puerto del Gamo. Llegados al sitio, el Zaguito y Rendaña fueron colocados de vigías, aquél sobre lo alto de una peña, á un tiro de bala del sitio donde debia cometerse el crimen, y desde donde se divisan todos los caminos que desde O., S. y P. se dirigen al mismo, y éste mirando hácia el N., con objeto de avisar la llegada de cualquier caminante con el toque de un silbato, para poderse guarecer entre la maleza de la montaña y no ser sorprendidos en tan sacrilega accion.

Colocados cada cual en sus puestos, los tres restantes principian su infame ejercicio, cebándose tanto en él, que áun despues de destruida la forma de cruz, ó los palos que la constituian, le tiraron tanto, que los rompieron y dividieron en pedazos.

No pareciéndoles esto bastante, profanaron de otras maneras—que el pudor no permite relatar—los restos ya esparcidos de la que habia sido cruz del Gamo.

Tan sacrilegos ultrajes no podian quedar sin un providencial castigo, y así sucedió.

Hernan Bravo, el jóven militar perteneciente á los ejércitos de D. Fernando y Doña Isabel, era, segun llevamos dicho, vecino del Bronco, y en el estado de tranquilidad que en aquella sazón Castilla disfrutaba, habia venido á residir en su país; pero como los Reyes Católicos intentaban y preparaban aquella jornada gloriosa que puso término á la dominacion sarracena en nuestra patria, Hernan Bravo recibió de sus jefes el encargo de recorrer este territorio para reclutar toda la gente que pudiese.

Conociendo, pues, que el Viernes Santo era el dia más á propósito para llenar su cometido en este pueblo, se dirigió á él por el Puerto del Gamo, y tuvo precisamente que pasar por el sitio en donde se habia cometido aquel horrible sacrilegio.

El Zaguito, que se habia colocado en lo alto de la Peña, en todo pensó menos en cumplir con el encargo que se le diera; así que tan luégo como á ella subió, se quedó dormido.

Los otros judíos, fiados en sus centinelas, seguían encarnizadamente su sacrilego ejercicio, y no vieron ni pensaron en nada. Así que, Hernán Bravo llegó por su camino cerca del sitio, y pudo ver todo lo que aquéllos ejecutaban.

De improviso, y con esa resolución que sólo inspiran los grandes sentimientos, se pone en medio de los criminales, los deja sorprendidos con su vista, y principia á hacerles serios cargos por su sacrilegio. Respuestos sin embargo de la impresión primera que les produjo la presencia de Bravo, imaginaron que el darle muerte era el expediente más sencillo para borrar la prueba directa de su delito: cosa fácil si se considera que el militar estaba solo, y ellos eran cuatro y bien armados. El Rabí, sin embargo, conoció la triste posición en que se encontraban, y en que, de trabarse la lucha, colocaba á toda la raza judaica que habitaba en el Casar, y así es que procuró por todos los medios que estuviesen á su alcance comprar el secreto de este crimen. Para ello no escaseó las ofertas del oro, ni las persuasiones más tiernas y suplicantes; pero viendo que ni el oro ni las más tiernas promesas fueron bastantes á mover el generoso corazón del soldado, acudió á otro ingenioso recurso, que consistió en hacerle formal promesa de la mano de Raquel.

Hernán Bravo, como pundonoroso militar, y más que militar cristiano, no quiso aceptar aquellas artificiosas proposiciones, y prefirió dar cuenta.

Alejóse en su consecuencia de aquel triste lugar, y continuó su camino con dirección al pueblo.

Solos ya los judíos, conocieron la terrible posición en que se hallaban; pensaron en su crimen; representóles la imaginación todos los horrores de su castigo, y les embargó el miedo. En esta crisis violenta conciben la idea de correr tras Hernán Bravo, darle alcance y borrar con la ejecución de un nuevo delito las huellas del primero.

Así lo ponen por obra; pero Hernán Bravo, que desde unos mil pasos los vio llegar corriendo y con las armas prevenidas, no quiso entrar en tan desigual pelea, y aprovechando la ventaja que les llevaba, aceleró el paso y se adelantó más y más á sus perseguidores.

Viendo los judíos que también se les frustraba su nueva combinación, el Rabí, al llegar al sitio que llaman el Chapallar, le disparó un dardo que, pasándole por entre las piernas, se clavó en el suelo.

Apoderóse Bravo del arma homicida, y corrió hasta llegar al pueblo.

Acercóse á la iglesia, donde estaban congregados los cristianos, y

con grandes voces llamó la atención del devoto pueblo, que todo recogido en aquel lugar santo, no podía pensar en lo que sucedía.

Coincidió la llegada de Hernán Bravo con la ceremonia que en aquel día se celebra de la Adoración de la Santa Cruz; sus voces interrumpen la santa ceremonia y se le escucha. En medio del más religioso silencio da cuenta de lo ocurrido en el Puerto del Gamo; y el juez, visto el relato del delito, dispuso inmediatamente lo que juzgó útil para la prisión de los autores del crimen, aclaración del hecho y custodia de los restos que hubieran quedado de la que fué cruz del Puerto del Gamo, encargando á algunos individuos del cumplimiento de las disposiciones adoptadas.

Los que fueron destinados á guardar los restos de la cruz, recogieron todos los fragmentos de ella y los custodiaron hasta que, terminada la ceremonia, llegó la curia.

Formadas las oportunas diligencias, se dispuso también que los restos de la cruz, custodiados en debida forma, quedaran en el mismo sitio que ocupaban, hasta que al día siguiente, Sábado Santo, después de la ceremonia, fuera el pueblo, acompañando al clero, y procesionalmente, á conducirlos en triunfo.

Los judíos fueron presos; el Zaguito, dormido todavía en la peña donde fué colocado, y los restantes en la sierra que se halla al Oeste, término de Ribera de Oveja, perteneciente á la jurisdicción de la villa de Granada, propiedad del señor Duque de Alba; á excepción del Rabí, que se había marchado á su tenería, sita en el mismo término y en las márgenes del arroyo hoy conocido por Arromblazquez.

El día siguiente, Sábado Santo, después de concluidas las ceremonias y misa, todo el pueblo cristiano salió en procesión penitencial al Puerto del Gamo por los restos de la destruida cruz. Llegados al sitio, lavados y recogidos los fragmentos por el párroco, habiendo las piadosas mujeres ofrecido cintas, reunieron y ataron las astillas, y dándole nuevamente forma de cruz, principió la procesión de des-censo entonando el himno *Vexilla Regis*. Llegada la procesión al pueblo, fué colocada la cruz en la iglesia parroquial, donde desde luego se le dió culto como á una reliquia que Dios había querido colocar en él para que fuera la honra de los casareños.

El ser presos los judíos en término y jurisdicción de la villa de Granada, y cometido el crimen donde afluyen los términos jurisdiccionales del Casar, ó sea de las señoras Comendadoras de Santi Spiritus, hizo que se detuviera algún tanto el proceso, hasta que, ventilada la cuestión de jurisdicción, fueron remitidos los crimina-

les al juzgado de Granada para que en aquel tribunal fueran juzgados.

Llegadas las diligencias, se procedió en la sumaria con toda la actividad y buen acierto que distingue siempre al celoso y justo magistrado; pero como de las diligencias inquisitoriales nada resultara más que lo dicho por Hernan Bravo y lo que se desprendía de la vista del cuerpo del delito, unido al más ó ménos convencimiento que el juzgador pudiera formar, atendidas las circunstancias acaecidas en el pueblo el día anterior, y no hallarse los criminales en sus casas, contra el precepto de la ley, y á que de las familias judías, en las horas del hecho y siguientes, faltaban sólo las cinco aprehendidas, acordó proceder á la prueba del tormento. Al ir á ponerla en práctica, y ántes de colocarlos en el potro, confesaron de lleno y con todas sus circunstancias y antecedentes, el Zaguito, Sicala y Rendaña, y en él confesó también D. Yusé Salomon; pero el Rabi sufrió el tormento con singular entereza, obstinándose en su negativa.

Como el juzgador conceptuase hallar plenamente probado el delito por la confesion de cuatro autores y los gravísimos indicios que resultaban contra el Rabi, dió por terminada la sumaria para dictar sentencia.

El señor Duque de Alba, que en aquella ocasion se hallaba en su palacio de la Abadía, dispuso la reunion de un consejo compuesto de siete jueces letrados, para que, revisada la sumaria, dictara sentencia. Reunido el consejo, que S. E. quiso presidir, dictó de unánime conformidad la sentencia que condenaba á los cuatro mayores de edad, esto es, al Rabi, á D. Yusé Salomon, Sicala y Rendaña, á ser quemados en la hoguera que se había de encender en despoblado, y al Zaguito, como de menor edad, que le fuera cortada la mano derecha, siéndoles confiscados los bienes á todos.

La sentencia fué llevada á efecto, pues ejerciendo el señor Duque toda jurisdiccion feudal, y siendo él presidente del tribunal sentenciador, no cabía otro posterior recurso. Al Zaguito le fué cortada la mano derecha, poniéndole luego en libertad. La herida causada por el instrumento con que se ejecutó la sentencia no sanó nunca, por más que su vida fué larga y pasó de los setenta años.

Los restantes fueron llevados al suplicio. Encendióse la hoguera al N. de Granada, en la afluencia de dos arroyos que corren hácia S. O., cercanos á dicha villa.

El sitio del suplicio conserva hasta hoy la denominacion de Pozo de los Judíos.

Los restantes que habitaban en el Casar principiaron con tal motivo á expatriarse, y ya en 1492, cuando los Reyes Católicos decretaron la expulsion de aquella raza, vivian pocos en el pueblo. El Zaguito, jóven aún (como llevamos dicho) cuando se le aplicó la pena, conoció la ceguedad en que su secta vivia, y abjurando con otros de sus creencias, abrazó la religion cristiana. Vivió hasta setenta y nueve años, y habiendo contraído matrimonio, tuvo seis hijos que, como el padre, á pesar de ser cristianos, fueron siempre tenidos como de raza sacrilega.

El apedreo de la cruz del Casar voló en alas de la fama, y llegó á ser muy conocido en toda España, escribiéndose para más exacto conocimiento del hecho, una historieta impresa en Barcelona, que se intituló *Centinela contra Judios*.

A poco de ser expulsados los judios de España, el Ilmo. Sr. Don Pedro de Precsamo, dignísimo Obispo de esta diócesi, habiendo hecho preparar la sinagoga, la consagró y convirtió en capilla cristiana, y con gran solemnidad trasladó á ella en persona la santa cruz, para que de este modo el que habia sido templo judáico, el lugar donde se habia acordado la destruccion del madero santo, fuera el mismo lugar de adoracion de aquel simbolo precioso que ellos habian escarnecido.

Tambien por voto particular del pueblo se creó su funcion principal en el 3 de Mayo, en cuyo día se celebra una romería que, como todas las de su clase, ha venido á concluir en pequeña feria. A más se crearon otras dos funciones, una en 16 de Julio y la otra en 14 de Setiembre.

Consiguiente á la romería que se celebra en 3 de Mayo, los devotos que acudian á visitar la santa cruz dejaban limosnas para el culto que se le daba; estas limosnas excedieron pronto á los gastos precisos, y dieron ocasion á una economía que se invirtió en engarzar toda la madera de la cruz y asegurarla, de modo que se pudiera conservar y sacarla en procesion. Para ello se hizo uso de la chapa de plata, con la que se forraron todas las esquinas con bonitos filetes festonados, á los cuales están unidas bastantes abrazaderas de buena labor que la aseguran, hermoseándola más y más la multitud de piedras de cristal de roca de diferentes colores con que está incrustada.

En este estado, y con la mayor veneracion, se conserva la cruz que en el Puerto del Gamo colocara el pastor. Las consecuencias de su romería y los dones que los devotos venian á ofrecerle como pobres presentes de su gratitud á los favores que el cielo concediera á

los que con fe la imploran, se acrecentaron, y con una administracion buena se logró fabricar el templo que hoy le está dedicado. Su hermosa media naranja y crucero fueron concluidos en 1714, y á fines del siglo, habiéndose vuelto á reunir otra cantidad no despreciable de limosnas, se continuó el edificio hasta emplear todo lo existente. Para construir el templo destruyeron sin piedad y sin miramiento alguno la ermita que fué sinagoga, concluyendo así hasta la última memoria del templo judáico; pérdida de consideración que la historia del Casar llorará siempre; ¡tal es la preocupacion de los tiempos! Tambien acordaron la reunion de las limosnas de otro número de años para ver si pudiera concluirse el templo, y ya habia en 1835 una cantidad respetable reunida para ello; pero la junta de armamento y defensa del partido de Granadilla se apoderó de ella, y sin otro recurso de que valerse para el piadoso objeto, no se llevó á ejecución aquel intento, y el templo quedó sin concluir.

Hoy la parroquia del pueblo está en un estado ruinoso, y aunque la ermita es poco á propósito para templo parroquial, la necesidad ha hecho que se habilite mientras que aquélla se compone.

Volvamos al pueblo.

Dejamos asentado que en la época de 1480 y siguientes el pueblo se hallaba en estado floreciente, y para que así fuera concurrían muchas circunstancias. El pueblo tranquilo y sus habitantes pacíficos, aunque los cristianos con las tendencias dominantes sobre la raza judáica; ésta, como dice muy atinadamente el P. Mariana, era aprovechada y hacendosa, y sabia muy bien todas las veredas para allegar dinero. Los judíos del Casar corroboran esta idea. Eran riquísimos, y sus capitales traían grandes utilidades al poblado. El carácter de los casareños, dispuestos siempre al trabajo y consagrándose con esmero á las varias labores de sus propiedades agrícolas, era otro tercer elemento de prosperidad y riqueza.

Las circunstancias que desde esta época vinieron á rodear al Casar y sus habitantes, debían en poco tiempo causar una profunda revolucion en su orden material, y por consecuencia su empobrecimiento, ya que no su ruina.

El apedreo de la cruz debía dividir encarnizadamente las dos razas que le poblaban, y la paz octaviana que en él se disfrutaba convertirse en guerra (que las preocupaciones de los tiempos debía traer hasta nuestros días) con las familias de aquella raza, que querían que, abjurando sus creencias erróneas, entraran en la ley del Crucificado. La expulsion de la raza judáica, que nuestros monarcas decretaron como medida general, hizo ausentarse del Casar los pocos

judíos que en él quedaban, y le arrancó las fortunas y conocimientos industriales que poseían, primero y más principal elemento de su relativo bienestar.

Así sucedió. Los bienes de los ajusticiados fueron secuestrados, sus ricas tenerías abandonadas y por último destruidas, y los grandes capitales industriales y comerciales, juntamente con el metálico, desaparecieron allende las rayas portuguesas. La afluencia al mercado y la escasez de metálico se dejó sentir, y el Casar, que era la envidia de los pueblos circunvecinos, vino á ser poco más que un cadáver hediondo del que todos huyen.

Sin embargo, como la propiedad era bastante y el vecindario vino á reducirse á un número corto, pudo aún sobrevivir, y en su triste decadencia seguir la marcha natural de los tiempos; y como la dominación de las señoras de Santi Spiritu era benigna y paternal, aun á pesar de su decadencia se sostuvo al nivel de otros pueblos.

Las disensiones intestinas entre las familias que descendían de la raza judaica continuaban, y una gran mayoría del pueblo, como si fueran de otra generación que de la humana, sin caridad y sin sentimientos verdaderamente cristianos, seguían oprimiendo á aquellos que ya eran sus hermanos en Jesucristo. Esta especie de aversión ú orgullo se infiltró en los descendientes del Casar, y fué causa, y lo es todavía, de que no haya salido de su postración ó decadencia.

El egoísmo y el orgullo vino á reemplazar á la franqueza y sencillez de los hijos del Casar, y éste llegó á tal punto, que un pueblo que se dice muy religioso, ignora todavía que sirvió de cuna á una jóven que por sus virtudes ejemplares ha sido más tarde comprendida en el catálogo de santos que venera nuestra santa madre la Iglesia.

Hasta principios de este siglo siguió el Casar con los vicios que hemos indicado; pero en esta época la mano de la Providencia se dejó sentir sobre él con mayor severidad, enviándole la terrible enfermedad conocida por la *Marca*, que acometió al arbolado de castaños, concluyendo con él en un corto periodo, y anulando así el elemento principal de su riqueza. Con tal accidente, el pueblo cayó en la más extremada miseria.

A esta gran desgracia sucedió otra de peor clase y de consecuencias más fatales. La división intestina habida con la raza que se decía judaica, ó que proveniente de los hebreos había abrazado la religión cristiana, quedándose en el pueblo, se había amortiguado, y apenas daba señales de vida, no quedando de ella más que una dé-

bil memoria. Ahora se presentaba otra lucha más ominosa, más de-
testable que tenía que surgir entre hermanos y parientes...

La división de realistas y liberales.

¡Azote cruel que en pocos puntos de la Península hizo tantos es-
tragos como en este infeliz pueblo!! Los destierros, las prisiones, las
injurias más atroces... todo tuvo lugar en el Casar; y estas interiores
y atroces escisiones, unidas á los otros gérmenes de decadencia que
hemos apuntado, le empobrecieron al fin y colocaron en la más triste
y deplorable situación.

Dios quiso aún castigar más al Casar, mandándole otra nueva
plaga, otro tremendo azote: una enfermedad que en pocos meses
llevó al sepulcro una gran parte de su vecindario.

Calmadas algun tanto las revueltas que habían arruinado este
desgraciado pueblo, los pocos vecinos que en él quedaban (apenas
serían 200), aleccionados por la experiencia y estimulados por la ne-
cesidad, tornaron de nuevo al trabajo y comenzaron á crearse una
situación más desahogada.

La plantación de viñas nuevas en los terrenos donde se habían
perdido los castaños, aumentó el fruto de vino; y habiendo también
principiado á retoñar los castaños que se habían perdido, empezó á
cultivarse este nuevo plantel, desarrollándose de tal modo, que á los
veinte años su fruto era ya igual en cantidad al de los primitivos
árboles. Dicho queda con esto que la situación del pueblo mejoró no-
tablemente.

Y no se crea que estuvo, solo, dedicado á esto, porque si el aumento
ha sido grandísimo en esa clase de riqueza, no es despreciable la del
viñedo y olivar, pues ha llegado á tal punto, que hoy apenas se halla
un palmo de tierra susceptible de producción que no esté laboreado,
dando con ello la perspectiva hermosa que dejamos indicada.

Esto no obstante, la situación del Casar es poco envidiable bajo
cualquier punto de vista que se la examine; pues si bien es cierto lo
que sobre su producción llevamos referido, como desde el año 1835
hasta el 1865 ha crecido en más de una tercera parte su vecindario,
apenas logra sostenerse con lo que actualmente posee.

Hay, á más, otros motivos que explican su postración y decaeci-
miento. La propiedad, excesivamente dividida; las enemistades pro-
ducidas por las profundas escisiones políticas de que ántes hicimos
mérito, todavía no bien apagadas; la enseñanza, abandonada; el
sentido moral, perdido; el respeto á la propiedad, ó cuando ménos
á ciertas clases de propiedad, como la hoja del castaño, los pastos y
las frutas, absolutamente desconocido, hasta el punto de que ni las

tapias ó cercados evitan la comision de los más audaces atentados; el servicio de policia olvidado, ó cuando ménos no puesto en ejecucion; el juego y otros vicios, infiltrados en las costumbres y sin correctivo de ninguna especie; los padres, descuidados en la educacion de los hijos; el clero, negligente en el cumplimiento de ese deber de suave y amorosa correccion que le está encomendado: todas estas causas, y algunas otras acaso, influyen sobre el estado general del pueblo, le inspiran egoísmo, orgullo, desprecio hácia toda clase de autoridades é instituciones, y le conducen (si Dios no lo remedia) á un abismo de miseria, inmoralidad y corrupcion.

Dejemos esta pintura triste del Casar, y pasemos á la descripcion del poblado y á su estadística, examinando lo ménos malo de sus costumbres, ya que nos hemos ocupado en la peor parte, y ya que tenemos reseñada su campiña.

La villa del Casar de Palomero, ó más bien, las Casas de la Palomera (pues tal es su verdadero nombre), es una poblacion compuesta de 350 vecinos, que viven en otras tantas casas, las cuales son, en gran parte, de dos pisos y desvan, que tambien es habitable; de mala é irregular fachada y de peor construccion, por los muchos voladizos y desnivelaciones de las tapias, que por lo comun constituyen sus frontis, por más que la mayor parte tengan balcones y estén otras blanqueadas. La plaza es un cuadro que ocupa 30 varas de centro terrizo, y los lados empedrados con una calzada de pizarra tan mala, que apenas se puede transitar por ella. Desembocan en dicha plaza cinco calles, y sus tres costados S., P. y N., están cubiertos con buenos portales corridos, formados con columnas de madera. El del N. es mucho más elevado que los otros dos, y en él es donde más comunmente pasean los hombres, hallándose construido en una buena parte con hermosos arcos, cuyos piés son de cantería. Al O. está la casa de Ayuntamiento, de mala fachada y peor construccion; en ella hay una torrecilla con un mal reloj de campana. Esta casa tiene en su planta baja la cárcel de Villa y la sala de Ayuntamiento ó de sesiones, que sirve á la vez de secretaría, y una habitacion independiente que sirve para el peso de carnes. Su parte superior se compone de un gran patio, donde está el teatro. Tiene una plazuela grande, denominada de los Barreros, y tres pequeñas. Tiene 33 calles tortuosas y de mediana anchura. Con las injustas pretensiones de los vecinos, que han ensanchado sus casas, á capricho, tanto las plazas como las calles han quedado bastante

reducidas y feas. El abandono con que la municipalidad tiene desde hace mucho tiempo el solar de las calles, hace que estén casi intran-sitables por algunas partes. Tiene una casa-hospital en el estado más deplorable. Tiene una parroquia, que fué antigua mezquita durante la dominacion árabe. Desde 1804 se están formando expedientes, ora para edificarla de nuevo, ora para recomponerla. En dicho año se formó un nuevo plano para reformarla por el arquitecto del Supremo Consejo de las Ordenes, comisionado al efecto; y ya se habian reunido para ello cantidades de consideracion deducidas de las rentas decimales, cuando las atenciones de la guerra de la Independencia absorbieron dicha cantidad, y sólo fué posible más tarde arreglar una pequeña parte. En 1855 se formó nuevo expediente; pero por más que se han vendido fincas por valor de más de 300.000 rs., no se han podido siquiera conseguir 20 ó 30.000 para hacerle cuatro arcos, con lo cual quedaba tan segura como si fuera nueva; siendo muy sensible su pérdida, principalmente por el artesonado árabe que cubre su capilla mayor, artesonado que, tanto por su procedencia como por su hermosura y labor prolija, es monumento digno de conservacion. Tiene una ermita que sirve de parroquia, la cual está sin concluir, siendo el templo destinado á la reliquia de la Santa Cruz. Tiene, además, un pequeño humilladero, edificio sin mérito alguno. Extramuros, y á medio cuarto de legua, hay otra ermita, ya en estado ruinoso, y abandonada por la veleidad de los habitantes del Casar; y á un cuarto de legua, y en el sitio donde apedrearon la cruz, hay otro santuario en buen estado, á donde van en romería el lunes despues del domingo de Cuasimodo, en conmemoracion del apedreo. El templo-iglesia parroquial tiene 33 varas de largo por 12 de ancho, estando sostenida la techumbre del cuerpo del templo por 8 columnas de cantería, sobre las que tiene 8 arquivadas de madera.

Todas las maderas de este templo, á pesar del tiempo y el abandono, ostentan la pintura árabe de que fueron cubiertas en su primitivo tiempo. El artesonado está sobre maderas pintadas con filetes dorados, y representa la bóveda celeste formada de piezas pequeñas, figurándose en él las estrellas y los planetas, y en su punto medio tiene suspendidas dos piezas filigranadas. Este artesonado tiene 11 varas de largo por 8 de ancho.

La ermita de la Santa Cruz, es una cruz latina de 40 varas de largo, 12 de ancho y 18 de alto. Su media naranja es hermosa, y se eleva á 40 varas hasta la linterna, teniendo una balaustrada semicircular por la parte interior, la cual se ilumina las vísperas de las

funciones de la Cruz con más de 300 luces, haciendo vistosos y simétricos ramilletes en la oracion que llaman de la Velada, que es muy de noche, en cuyo acto todo el templo presenta un brillante golpe de vista. Su órgano es pobre y está casi descompuesto; pensóse en arreglarlo, pero por falta de fondos no se llevó á efecto este propósito. Los restantes edificios del pueblo son de mezquina construcción. Tiene una casa-palacio, que fué de las señoras Comendadoras; hoy se halla dividido en dos casas. Tiene tres paseos principales, uno para invierno, otro para primavera y otro para verano. Los dos primeros nada tienen de particular; pero el último, á pesar del descuido con que se le viene mirando, tiene buena arboleda y una fuente grande con agua fresca y cristalina, que nace en medio de una peña.

Fué el segundo pueblo de la provincia que fundó sociedad dramática, creando un teatro donde los jóvenes ejecutaban comedias, cuyo producto pasaba íntegro á la beneficencia, habiendo dado este piadoso establecimiento resultados mejores de los que en un principio se pudieron concebir. Pero el tiempo pasó, se desistió de aquella idea, y hoy el local se encuentra en el más completo abandono.

Está el pueblo surtido de aguas riquísimas por dos abundantes fuentes que tiene á la salida del pueblo, las que dan tres veces más agua de la precisa al vecindario. Tiene y tuvo dos escuelas elementales completas, una de niños y otra de niñas. Asisten generalmente á la primera 86 niños, y á la segunda 64 niñas; pero los dos edificios consagrados á la enseñanza son tan súcios y de tan malas condiciones, que más que otra cosa inspiran repugnancia y profundo desagrado. Tiene un médico, un cirujano, una oficina de farmacia y una notaría pública. Hay un albéitar, cinco sastres, siete zapateros, un sillero, cinco carpinteros, tres herreros, veinte arrieros, seis panaderos, con ordinarios constantes á Salamanca, Béjar y Plasencia.

Hay trece lagares, fábricas de aceite, cuatro molinos harineros, cuatro prensas ó lagares de vino, una fábrica de cera, dos telares de paño pardo y cinco de lienzos. Tiene tambien algun comercio, aunque en pequeña escala.

Junto al pueblo, y propia de un vecino de esta villa, hay una máquina donde se fabrican muy buenos paños.

La parroquia está servida por un cura párroco y un coadjutor, cuyo curato, á pesar de tener dos anejos á larga distancia, es sólo de primer ascenso.

En la falda de la sierra, y en sitio pintoresco, estuvo el convento de San Márcos de Altamira, perteneciente á los franciscanos descalzos, que tenian una enfermeria en este pueblo. Su cosecha en el año comun es de 20.000 cántaros de vino, 40.000 de aceite y 5 000 fanegas de castañas. Recoge legumbres en número suficiente para su consumo, pero no tiene cosecha de cereales. Hay frutas de todas clases y de exquisito gusto. Paga por todas contribuciones 78.000 rs. En la quinta última entraron en suerte 16 jóvenes.

Las costumbres del pueblo son regulares; el trato social tosco, como dejamos dicho.

Los días de precepto se guardaron hasta hoy religiosamente, concurriendo los fieles á vísperas y á misa; desde hace algun tiempo se advierte cierta frialdad en el cumplimiento de estos deberes religiosos. Durante la celebracion de los oficios divinos están prohibidos los juegos y otras diversiones; y á fin de mantener viva esa prohibicion, suele salir un regidor del Ayuntamiento con el alguacil á recorrer los sitios públicos para que se guarde la compostura y silencio que se debe; costumbre que se estableció cuando fué cometido el apedreo de la Santa Cruz.

Los días de trabajo todos sus habitantes se ocupan en las labores del campo; en el verano trabajan desde la venida del dia hasta las diez de la mañana, en que suspenden sus labores; se visten más decentemente y van á la plaza hasta la hora de comer, volviendo á su trabajo despues de las tres de la tarde, hasta el toque de la oracion.

Las mujeres visten por lo regular bengalas y vestidos largos: los dias de fiesta visten con lujo, y en todo tiempo con gusto. Los hombres en general usan pantalon de paño pardo, chaleco de terciopelo ó paño fino, y chaqueta de paño como el pantalon, siendo en los dias de fiesta todo de paño fino. El uso de la capa es comun, y generalmente para ir al templo, todos la llevan.

La decadencia hoy principal de este pueblo procede, además de lo que dejamos referido, del mal estado de sus caminos y de lo prostrado que le tienen sus excesivas contribuciones. Los frutos se venden sin estima, por más que son de muy buena clase. Los vinos en particular, son mejores que los de Baños, Hervas y Sierra de Francia, á pesar del poco esmero con que se elaboran. Las castañas son pequeñas, pero dulces y exquisitas. Su aceite es tan claro y puro que puede, sin desventaja, competir con los más preciados de la Peninsula. En la exposicion habida en Madrid en 1855, fueron premiados su aceite, su vino y su vinagre.

Si el Casar no fuera tan desgraciado por el carácter de sus moradores; si las Jurdes hubieran tenido una mano protectora, y estuvieran atravesadas por esa carretera que la Naturaleza tiene trazada por su suelo, asegurando su paso para las sierras de Gata y Francia con puentes sobre los ríos, podrían sus frutos tener salida y venderse con estima; y en tal caso saldría de la postración en que hoy se ve y tomaría nueva vida.

2.º

Azabal.

Sobre un corto descanso que forma el sosten de la alta cresta de Risco Viejo en la sierra de Altamira, y junto al arroyo de la Joya, se alza el caserío del Azabal, que en su principio y por el año 1160 no era sino una majada ó choza de pastores, que los ganaderos del Casar construyeron para apacentar sus ganados con mayor comodidad en los malos días. Como el terreno en que está fundado es, aunque de corta extensión, de buen suelo y se halla regado por abundantes caudales de agua, los ganaderos cuyas majadas se constituyeron en dicho sitio principiaron á explotarlo, y viendo el buen resultado que obtenían, se fijaron en él y construyeron casas, en las que ya residieron permanentemente. El sitio es pintoresco, y sus alrededores bien cultivados, plantados de olivos y castaños, y circundados de hermosos huertos, que contienen muchos frutales, que dan animación y colorido á la campiña. Con el producto de sus fincas tienen bastante para su alimentación, no siendo ciertamente los moradores del Azabal los que se encuentran en este país en la situación más apurada.

Tiene este caserío 45 vecinos, que viven en otras tantas casas regulares, algunas de dos pisos, y generalmente bien dobladas. Tiene una plazuela y cinco calles angostas, tortuosas y de mal piso.

El carácter de estos habitantes es franco, sencillo y laborioso. Visten los hombres calzon de paño pardo, polainas, zapatos de vaca, chaleco de paño fino, y chaqueta de cuello derecho y de la clase del paño del calzon, con sombrero de lana basta. Los más acomodados usan capa, y los de ménos posición anguarina. Las mujeres sayas de frisa y bayeta apañada y de colores, en lo comun jubon de paño pardo, y para los días festivos de paño fino de color, con mangas de boca de campana, pañuelo de paño ó percal, según la estación, y zapato de cordobán. Los hombres y las mujeres en los días de fiesta se visten con la ropa más aseada. En los días de trabajo andan generalmente descalzas las mujeres de pié y pierna; pero en los días fes-

tivos se calzan con medias de lana azul ó de estambre, y tambien de hilo blancas, siendo jóvenes. En sus casas hay por lo comun mucho aseo. Los dias de trabajo los emplean sin descanso en sus faenas, y con una constancia digna de mejor recompensa. Los dias de fiesta van á oír misa al Casar ó al Pino, distantes tres cuartos de legua. Luégo que regresan á sus casas, los hombres se dedican á sencillos juegos, y las mujeres reunidas pasan las tardes, miéntras que la juventud, al son de un pandero, brincan y bailan con el mayor placer.

En 1856 se creó en esta aldea una escuela incompleta de niños y niñas, con la mezquina dotacion de 400 rs.

Distá de la matriz una legua próximamente. Las leyes locales y reglamentos municipales que rigen al Casar, son los mismos que rigen á esta alquería, estando en un todo sujeta á dichó municipio.

Tiene más ganadería cabrial y vacuna que el Casar, y como hay bastantes terrenos cercados y huertos, en ellos siembran y recogen cereales para una parte del año. Tambien recogen buen lino, que las mujeres preparan hasta reducirlo á lienzo.

Tiene dos molinos de aceite y dos harineros; los cuales, como es corta la cosecha, apénas tienen trabajo durante el año, en particular los últimos.

Diremos por fin de esta alquería, que si tuviera parroquia y municipio como otros pueblos de su clase, en nada le aventajarían los pueblos vecinos.

3.º

Pedro Muñoz.

A seis cuartos de hora del Casar, y al acabar su término jurisdiccional por Poniente, en el declive que forma una pequeña colina de la sierra Descansadero, está formada esta alquería, en medio de gruesos y hermosos olivos. Su fundacion se pierde en la oscuridad de los tiempos, aunque se conserva la tradicion de ser fundada por un pastor que le dió su nombre. Sin embargo, si atendemos al número de olivos que rodean á este pequeño caserío, su corpulencia y demás señales, así como á otro pago que está cercano, conocido con el nombre de Olivar del Judío, finca que perteneció á uno de los que habitaron el Casar, bien pudiéramos señalar la época de su fundacion con anterioridad á la reconquista y á la fundacion del Azabal.

La posicion de este caserío es triste; y si nos separamos de esa hermosa vega de olivos que la circunda, y de algunos de sus huertos, todo lo demás es miserable, pues hace tiempo perdió el her-

moso arbolado de castaños que tenía, quedando reducida su riqueza á algun olivo, y á unos pocos y malos huertos, con algun ganado cabrial.

Las costumbres de sus habitantes son enteramente iguales á las de los vecinos del Pino, de donde sólo dista de cuatrocientos á quinientos pasos. Se compone de veintidos vecinos que viven en otras tantas casas muy malas y de igual forma á las de la alquería del Mensagal. Tiene dos calles completamente desiguales, angostas y muy pendientes, hallándose casi sin empedrar y en el mayor desaseo. No hay establecimiento de ninguna clase. El valor de la mejor casa podrá ascender á 3.000 reales, y la peor 300, habiendo cuatro edificios desocupados.

(Se continuará.)

R. MARTIN SANTIBAÑEZ.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

LA ROMERÍA ESPAÑOLA (1).

I.

A Roma van los romeros,
los romeros españoles,
de esperanza y de fe ricos,
sí de otros bienes van pobres.
Mirad cómo el puerto dejan,
y mirad cómo veloces
surcan poderosos buques
las ondas del mar salobre,
á bordo llevando miles
de creyentes corazones,
que á Roma vuelan en alas
de los más santos amores.
Mirad cómo á semejanza
de un río que desbordóse,

por los caminos que llevan
á la capital del orbe,
pasa orando todo un pueblo
que, aunque desgraciado, es noble,
Ved de los nuevos cruzados
las pacíficas legiones
que, á impulsos de aquella fe,
que cual traslada los montes
así los pueblos traslada,
marcha á apartadas regiones
sólo por ver... á un Anciano,
que, aunque débil, preso y pobre,
tiene una voz que estremece
de puro inefable goce

(1) De la notable revista intituida *Santa Teresa de Jesus*, que ve la luz en Barcelona, traslamos á la nuestra muy de grado este romance, en el cual campea la unción y dulce espontaneidad que al escribirle inspiraron al autor.

todos los pechos amantes
que aquel acento conocen;
voz potente, á cuyos ecos
no hay frente que no se doble.
¡Desgraciado el corazon
que á aquella voz no responde!
¡Ay de la frente soberbia
que al oír la no humillóse!

Marchad, dichosos romeros,
los romeros españoles,

id á ver al Padre Santo
(como le llaman los hombres),
Vicario de Jesucristo
(como el mismo Dios llamóle).
Seguiros, ¡ay!... Tanta dicha
á nuestras almas negóse;
pero os siguen y acompañan
nuestro espíritu y fervores,
nuestras ansias, nuestros votos,
nuestro afecto y oraciones.

II.

Día de Santa Teresa (1)
(¿quién sino Dios designóle?)

van á ver al Padre Santo
los romeros españoles.

Prelados y caballeros,
militares, labradores,
mujeres, niños y ancianos,
así ricos como pobres,
cuantos de España salieron,
de todas las condiciones,
sexos y edades, aguardan
al supremo Sacerdote,
del augusto Vaticano
en las sagradas mansiones.
Padre amoroso que tiene
sus complacencias mejores
en bendecir á sus hijos
y escuchar sus peticiones,
sin tardanza el Padre Santo
franco y sencillo ofrecióse
en presencia de sus hijos,
los romeros españoles.

¡Oh celestiales momentos!

¡Oh sagradas emociones!

Todos al suelo cayeron
cual movidos de un resorte,
como si fuesen heridos
de supremos resplandores.
Como aparición radiante

que se finge un alma jóven
en sus sueños de inocencia
matizados de albas flores,
tal semeja el santo Anciano
sin el fausto de las Córtes,
pero más bello y más grande
en su humildísimo porte.
Blancos ya son sus cabellos
cayendo en bello desórden;
sus vestiduras son blancas
cual la nieve de los montes;
blanco es su semblante, y blancos
son los plácidos fulgores
de sus serenas pupilas
y de sus sonrisas, donde
vese un alma blanca y pura
toda bañada en candores.
La voz dirige á sus hijos,
los romeros españoles,
y aquel eco de ternura
á despertar viene entónces
en los pechos conmovidos
ignoradas emociones.
De los labios del Ungido
háse desprendido un nombre,
nombre que en el cielo bordan
los querubines con soles,
y en la tierra con topacios,
con esmeraldas y flores.

(1) Ya se sabe que por el crecido é inusitado número de romeros hubo de verificarse la recepción en las naves de San Pedro, las cuales no podían destinarse á este objeto en el domingo 15 de Octubre, día de Santa Teresa. Por tal motivo se suspendió aquélla hasta el día siguiente.

A Teresa, hermosa virgen,
 mujer de eterno renombre,
 dedica un himno estusiasta
 el Pastor de los Pastores.
 Y de orgullo santo henchidos
 los romeros españoles,
 de su gloriosa Paisana
 se proclaman amadores.

¡Teresa! ¡Teresa! dice
 el supremo Sacerdote;
 ¡Teresa! ¡Teresa! todos
 aquellos pechos responden.
 Y despertando los ecos
 de aquellas vastas mansiones,
 van repitiendo: ¡Teresa!...
 ¡Teresa! en el cielo oyóse.

III.

Ya vienen... ya están aquí
 los devotos peregrinos,
 los romeros españoles.
 ¡Bien venidos! ¡bien venidos!
 Si se marcharon alegres,
 es mayor su regocijo
 cuando á sus hogares vuelven
 del Padre Santo benditos.
 Llenos de emocion repiten:
 «Le hemos visto! ¡le hemos visto!
 ¡Es un ángel! ¡es un santo!
 ¡es el Vicario de Cristo!
 Cuando rico en mansedumbre
 amoroso nos bendijo,
 nuestras almas ¡ay! sintieron
 lo que jamás han sentido.»
 Y prosiguen los romeros
 contando á deudos y amigos
 lo que con sus ojos vieron
 y oyeron con sus oídos.
 Desde la Cátedra santa
 habla á sus fieles queridos
 del Pontífice y de Roma
 el párroco que de allá vino.
 Tal es la unción de su acento,
 tal la fuerza de su estilo,
 que parece brotan llamas
 de su pecho enardecido.
 En el hogar de familia,
 formando amoroso círculo
 en torno al padre romero
 la esposa amante y los hijos,
 hace aquél relatos llenos
 de interés santo y sencillo,

dulces pláticas que dejan
 en el alma de los niños
 recuerdos que la fe esmalta
 y que perfuma el cariño.
 Mas las pláticas sabrosas
 y los relatos prolijos
 de cuanto en la augusta Roma
 á sus ojos se ha ofrecido,
 hay que marchar á escucharlos
 del anciano peregrino,
 que teniendo en las rodillas
 sentados sus nietecitos,
 cuéntales del Padre Santo,
 tan anciano como él mismo,
 las bondades, las ternuras,
 las grandezas, los martirios,
 sus sonrisas, sus miradas
 y su hablar casi divino.
 «¡Ya puedo morir, exclama
 el anciano peregrino;
 he visto al hombre más santo,
 al ángel de Dios he visto!»
 Y una lágrima se asoma
 por sus párpados caídos,
 y porque llora el abuelo
 se echan á llorar las niños.

Contad, dichosos romeros,
 lo que en Roma habeis sentido;
 habladnos del Padre Santo,
 decidnos lo que os ha dicho.
 Venid, que abrazaros quiero,
 mis venturosos amigos,
 los romeros españoles...
 ¡Bien venidos! ¡bien venidos!

JUAN B. ALTÉS, *Presbítero.*

FLORES MENUDAS.

JUANA.

¡Pobre Juana! ¡Cuánto le quiso; y él, cuánto la lloró! Anciana ya y en sus postrimeros años, concedióle Dios tenerla en su propio hogar, logrando el consuelo de cerrar por su mano aquellos ojos, que tantas vigiliás habían soportado por asistirle en los primeros de su infancia.

Es precioso arcano de los más puros, constantes y heróicos afectos el corazón de la mujer. Cuando niña, y en la juvenil edad, ora como hija ó como compañera de nuestra vida, ya tierna nodriza ó bien reina de los amores con el santo nombre de madre, la mujer es en el mundo la paciente y zelosa guardiana de la vida íntima del sentimiento. Sin ella la sociedad moral se evaporaría, menesterosa del hálito de ternura, del atractivo de adhesión y del núcleo de perseverancia, que se hallan á toda hora en las almas escogidas por Dios para nuestro sosten y mejoramiento; en las almas de la madre, la hermana, la amante, la esposa. Sin ella tampoco ardería perennemente en medio de las sociedades tranquilas, como en las más corrompidas ó agitadas, el incienso purificador de la oración sagrada y la viva fe religiosa, que así en la familia como en el claustro sana y salva tantas veces á los pueblos y conserva las ideas, providencialmente destinadas á salud y salvación tan preciosas.

La nodriza y el aya de la primera infancia conviértense á menudo en una especie de segundas madres, y llegan á serlo de veras, como lo fué la pobre Juana. De tierno corazón y dulce carácter, paciente y serena, crió á un niño, á quien desde el nacer, hasta que se despidió de él con el adiós solemne y triste que se da en los umbrales de la eternidad, llamó siempre *hijo*. A éste es al que tanto quiso; y éste es el que tanto la lloró. Día y noche le meció en la cuna, le arrulló en sus brazos, le acalló mil veces en sus angustias infantiles, guió sus pasos primeros, y le acarició en su propio lecho ó en su casi maternal regazo.

Ya se ve; con tales y tan constantes oficios de solícito cariño, ¿á quién podrá causar extrañeza que aquel corazóncito se apegara fuertemente al de su protectora y guía? Verla y asir su mano era su

constante afición; seguirla á todas partes, su afán continuo. Cuando por ventura se ausentaba, nublábase para el niño el cielo: reaparecía, y se inundaba con raudales de júbilo su cándido semblante. Bien me acuerdo: una noche, cuando aquel niño contaba apenas el primer lustro de su inocente edad, Juana se dispuso á partir de la casa, á la que habia de regresar sin falta á la mañana siguiente. Esquivó con sagaz ternura la atención del rapaz; pero no tanto que al atravesar el umbral de la casa no saliera éste corriendo y gritando, y la alcanzara y se asiera de sus vestidos y prorumpiera en el más amargo y clamoroso llanto. No hubo medio de acallar aquella verdadera congoja; y fué menester asociarle al nocturno viaje. La cariñosa Juana cubrió de besos aquel rostro surcado de lágrimas; enjugó aquellos ojos afligidos; asió aquella manecilla agarrada fuertemente á su ropaje; y se llevó al niño, lleno con esto de indecible consuelo. Y, claro es, con un pequeño ardid, propiamente maternal, entró con él en la primera tienda de golosinas que halló al paso, compróle dos cuartos de anises, y haciéndole poseedor exclusivo de aquel inesperado tesoro, le preguntó con insinuante modo y entre una nueva lluvia de besos: ¿quieres, hijo mio, que te lleve yo misma á casa, para que te comas allí los anises?... Sí, hijo mio, yo volveré pronto.—Sí; bueno (dijo el niño.)—El pacto estaba formado sobre la sólida y oportuna base de los dos cuartos de anises. Y se cumplió. Durmióse luégo el niño; y á la mañana siguiente rió de alegría, al despertar, viendo á Juana que besaba su frente y le suspendía con amor en sus brazos.

Nunca se sentó á la mesa ni en la casa de sus señores, ni en la pobrisima suya, sin apartar en un platito el mejor bocado para su hijo. ¡Cuántas veces le decia con acento sencillo y la más viva expresión de sinceridad: «quisiera tener los mayorazgos del mundo, para dejártelos á tí, hijo mio!» Y creció el niño; y fuése léjos, á proseguir su educacion en los colegios de una capital. ¡Qué alegría la de Juana á cada regreso en el tiempo de vacaciones! ¡qué abrazo aquél, qué abrazo de madre! ¡qué lágrima furtiva de alegría y ternura corría por aquella mejilla, en que tantas veces habian jugueteado las manecillas del colegial futuro! Mientras éste, convertido á la sazón en colegial hecho y derecho, permanecía en la casa paterna, ya era sabido; nadie más que Juana cuidaba de su persona, de arreglar su lecho, de indagar qué manjares apetecía. Y mientras la helada vejez, la decrepitud, que en Juana fué muy tardía, no vino á estorbarlo, nadie le disputó este derecho. A duras penas se avino á no tener á su cargo una parte principal de las faenas y menesteres de

la casa de su *hijo*, cuando éste, ya casado, y su esposa ternísima se opusieron á que hiciera otra cosa que descansar en su edad casi octogenaria. «No te enfades, hijo mio,» era su expresion favorita, cuando le veía apesadumbrado: «¿qué tienes?» cuando estaba triste. Y todo esto con el acento inequívoco de autoridad y ternura, que dan á la frase de mujer los sagrados derechos de madre.

Murió de ochenta y cuatro años. Flor modesta, flor menuda; pero de exquisita fragancia. Su vida fué laboriosa y utilísima: su carácter, tierno y generoso: su razon, serena y sosegada; su muerte, resignada y tranquila, como un tránsito, segun el profundo lenguaje, que se aplica á los justos.

Su *hijo*... ¿qué había de hacer? la lloró como *hijo*; y sin apartarse del lecho un instante, le cerró los ojos con su propia mano, lo mismo que á sus padres.

Santa memoria la de esta mujer. Yo la bendigo. De cuanto dije puedo dar testimonio. Aquella manecita que se asia de su ropaje para no dejarla ausentarse de la casa paterna, es la mano que esto escribe. Y los ojos que presenciaron aquella tranquila agonía, son los mismos que ahora vierten sobre esta página una lágrima dulce y triste, al evocar su queridísima memoria.

C. M. PERIER.

Inauguración de las Conferencias agrícolas en Salamanca (1).
Venimos de este acto solemne y escribimos bajo la impresion del momento. El amplio salon de la Universidad, donde se inauguran los estudios, ha servido para abrir la enseñanza agrícola, para dar principio á esa série de trabajos, fecundos, si Dios los bendice, como el grano que el labrador deposita en las entrañas de la tierra, como el sudor que riega su frente, inclinada al peso del arado. Allí donde resonaron las voces elocuentes de tanto sabio, de cuyos labios fluía la doctrina; salon venerable donde la ciencia reconocida ha grabado el busto de sus hombres más eminentes, Suarez, Soto, Cobarrubias, Melchor Cano, Fr. Luis de Leon, el Brocense, Cristóbal Perez de Herrera y Diego Saavedra Fajardo, confundidos todos, como espigas en un haz, los teólogos y los juriconsultos, los humanistas y los filósofos; allí donde se leen sentencias y apotegmas de sabiduría, verdades reveladas y verdades conquistadas por los esfuerzos del hombre, que arranca la luz tras penosas vigiliass como el lapida-

(1) Muy de grado trasladamos á las páginas de esta REVISTA, la reseña escrita por nuestro amigo y colaborador el Sr. D. Ramon Losada, para dar cuenta de la inauguracion de las conferencias agrícolas en Salamanca, cuyo ejemplo seria muy loable siguiesen las demás poblaciones de España.

rio los cambiantes del brillante, como el químico las sustancias, como el artista la idealidad de la belleza y los contornos y las palpitaciones de la vida.

Allí en aquel sitio, por los recuerdos enaltecido, por la historia y la tradición en cierto modo consagrado, se congregaron los amantes de la agricultura para dar principio á esas conferencias, en que se han de hacer fáciles, asequibles, familiares, las conquistas de pueblos más adelantados, con aplicacion á nuestro país, las condiciones de su suelo, de su clima y las circunstancias que constituyen, no sólo su presente, sino su manera de ser en lo porvenir.

El señor gobernador de la provincia D. Carlos Frontáura logró reunir en esta solemnidad de la paz, en esta fiesta de la concordia, para dar importancia, brillo y esplendor á un acto, de suyo grande, y que ojalá sea rico en bienes como en esperanzas, al respetable y virtuosísimo obispo de la diócesis, jefe y profesores de la universidad, comision permanente de la diputacion provincial, ingenieros de montes, individuos de la junta de agricultura, de telégrafos, del círculo agrícola, autoridades de diferentes oficinas y un público escogido, no tan numeroso como lo hubiéramos querido, y como acaso pudiera haberlo sido, aumentando las invitaciones y haciéndolas extensivas á la mujer, que en la agricultura, tanto y más que en la industria, desempeña un papel nada subalterno.

Hoy, que se trata de que tome puesto en la actividad del humano entendimiento; hoy que se da tanta influencia á su apostolado en la familia y en la sociedad, justo es que se la convoque á esos certámenes pacíficos, para que su sonrisa aliente en la fatiga, su aplauso corone en el triunfo. La Universidad tiene la galantería de invitar siempre á la apertura de su curso académico, y ántes cuando conferia sus grados mayores, á esta mitad del género humano que no está reñida con la ciencia en la patria adoptiva de Santa Teresa de Jesús, en la de doña Beatriz de Galindo, que enseñó latin á Isabel la Católica, y doña Luisa Medrano, que daba en esta escuela lecciones de ese idioma. El Sr. D. Carlos Frontáura leyó el discurso de inauguracion escrito con la soltura que presta la experiencia y con los tonos de dicción y de estilo que recuerdan al laureado autor de *Los Niños*, premiado en la Exposicion de Filadelfia, al festivo intencionado escritor de *El Cascabel*. A pluma tan ejercitada fácil le es discurrir con libertad y galanura por un terreno aunque no sea el de su propio y usual cultivo: y es que el talento presta alas para ascender, si quiera sea por regiones por donde nunca haya tendido el vuelo.

Encargado por el Gobierno de abrir las puertas á la enseñanza oficial de agricultura, de convocar á estos nuevos torneos, quién para enseñar, y quiénes para aprender, marchando en lazada estrecha, con el bien por aspiracion y la grandeza de la Providencia por objetivo, felicitábase de secundar los propósitos de un ingeniero y de un periodista, los Sres. Penuelas y Escobar, su compañero de profesion, á quienes desde allí cari-

ñoso saluda, los de los cuerpos colegiladores y los del j6ven soberano, que no s6lo brilla en el Tr6no, sino cuando dirige la palabra, 6 pesar de sus a6os escasos, 6 los cuerpos sabios y 6 los hombres encanecidos en las funciones severas de la justicia: esperanza que el cielo quiera no se malogre, flor que ya muestra en perspectiva un fruto cierto.

Sigui6 un discurso cientifico del ingeniero agr6mono secretario de la junta de agricultura, D. Cecilio Gonzalez Domingo. Como persona competente, de lo cual di6 acabada muestra, traz6 la marcha de la agricultura, sus primeros ensayos, sus pasos t6midos, su progreso en tiempo de los romanos, su decadencia en la Edad-media, el desarrollo que hoy tomaba en Inglaterra, Francia y Alemania, el estado poco satisfactorio en que nosotros en general, dadas leves excepciones, nos encontramos, y los esfuerzos que para salir de este abatimiento deben los labradores hacer, abandonando rutinas, y tomando consejo de la ciencia, que experimentalmente deduce sus principios y los aplica y combina.

Ciencia debe ser importante la del campo y sus producciones, cuando ocup6 la vida de Columena y Herrera, consagrandole su atencion ingenios tan peregrinos como San Isidoro y el padre M. Feij6, poetas de tal valia como Virgilio, Garcilaso y Melendez. El secretario de la junta de agricultura puede prestar, y acaba de demostrarlo, grandes servicios en estas conferencias, 6 que debian asistir buscando los dias y las horas, los labradores de toda esta redondez. Sabe lo que trata, y sabe tambien exponerlo con formas cultas y frases elevadas.

El se6or obispo, excitado por el se6or gobernador, que no pensaba usar de la palabra, la dirigi6 6 la concurrencia en una bellisima improvisacion.

Es el prelado salmantino persona que se cuida m6s de la realidad de las cosas, de la claridad y solidez de los pensamientos, que del lustroso ropaje con que ha de vestirles y decorarles. Hombre de la idea, no subordina como tantos otros artistas, cautivos de la palabra, y de la sonoridad de la frase, y de la rotundidad del periodo, el fondo 6 la forma, el accidente 6 la esencia.

No es de los que gastan su genio en esas portadas maravillosas de primoroso trabajo y cincelado encaje, como las portadas salmantinas, sino que traza el resto del edificio, no s6lo atento 6 su magnificencia, si que, ante todo, 6 su amplitud y estabilidad. Considera, medita, penetra, y abandona lu6go 6 una exposicion sencilla y 6 una palabra natural, la fuerza de sus propias convicciones; que van tambien lenta, gradual, sosegadamente, labrando en el 6nimo de sus oyentes.

La Iglesia, nos decia, es amiga de todos los adelantos: de la industria que transforma las primeras materias, del comercio que de unos 6 otros climas lejanos las transporta, como que en la popa de sus naves mercantes se ve al misionero cat6lico; pero es, si se quiere, a6n m6s particular amiga de la Agricultura, que naci6 con el hombre colocado en la bellisima quinta de recreo: de la Agricultura que le amaestra con rudas fae-

nas, propias á disciplinar su espíritu, y que le hace, como á ninguno, esperar y creer. El labrador es el hombre de la Providencia.

El comerciante parece que entre los medios que emplea y el fin á que aspira lo domina todo, ó con su presencia ó con su actividad, y que el resultado, en la apariencia, es todo suyo. Mas el labrador no aparta la vista del cielo, desde que arroja en la tierra la semilla, hasta que entroja sus mieses.

El rocío que desciende de las nubes, el huracan que azota su chozâ, el granizo que siega como hoz afilada las espigas, el tibio ambiente ó el sol abrasador, todo influye en su cosecha, y todo lo teme ó lo espera del Santo Patrono titular de la comarca, ó del Dios á quien por su intercesion implora.

En esta forma tan solemne, y de este modo verdaderamente científico, cual á Salamanca, y á su nombre, y á su importancia, y á su fama literaria correspondia, se abrieron las conferencias, abriendo á la vez el ánimo á las más nobles y risueñas esperanzas, á un porvenir de paz, de dicha y de ventura. Que no se esterilice esa semilla, que no caiga en tierra ingrata y pedregosa, sobre el duro camino que aplasta el pié del viajero. Allí se citó con encomio por la primera autoridad de la provincia, como propietarios que procuran con celo el fomento de la agricultura, á los Sres. D. Mariano Solís, marqueses de la Granja y Villa-Alcázar, vizconde de la Revilla, D. Jacinto Orellana, D. Leopoldo Maldonado, D. Ignacio Ortal, D. Ricardo Torroja, director de nuestra *Revista*, y pudieran añadirse á esos nombres los de los Sres. D. Antonio Terrero, marqués de Castellanos, conde de Francos, vizconde de Garcigrande, D. Juan Mariano Aparicio, D. Clemente Arjona, D. Mário Maldonado, D. Cipriano Rodriguez Arias, D. Cándido Diaz Taravilla, D. Cándido Lopez Niño, D. Francisco Liaño, D. Antonio Sanchez Rivero, D. Eduardo Pineda, D. Federico de Onís, D. Laureano Cárlos, D. Gaspar Escudero, D. José Clavijo y muchos de nuestros consocios, además de los propietarios que proceden del campo y en el campo viven.

¡Que esa lista, ya numerosa, sirva á otros de estímulo: que recojamos, y recojan nuestros hijos, entre las dulzuras de la paz, abundante cosecha de esta primera siembra, ya que fuimos tan diligentes para destruir: que poniendo término á nuestras discordias veamos lucir días serenos: que las artes se resienten con la guerra y el capital se esconde y el trabajo se aminora y aniquila: que los votos que se formaron sean votos realizados!...—*Ramon Losada.*

Indicador infalible de las tempestades.—Vamos á dar á conocer hoy á nuestros lectores un sencillo aparato, tan fácil de construir, que lo puede hacer cualquiera, y de una utilidad tan práctica, que anuncia de un modo infalible el momento para precaverse de las conse-

cuencias de una tormenta, y aventurarse ó no á una operacion cuyo buen ó mal éxito dependa del tiempo ó estado de la atmósfera en que se ha de hacer.

El indicador infalible de los temporales consiste únicamente en un frasco de cristal claro y tapon esmerilado, de 260 gramos de cabida, que se llena de éter sulfúrico. Añádense dos gramos de clorhidrato de amoniaco; dos idem de nitrato de potasa puro, y dos idem de alcanfor depurado.

Tápese el frasco lleno con un tapon ajustado; se lacra y adapta al cuello un pedazo de valdés que se asegura cuidadosamente con unas vueltas de hilo encarnado, y déjese en reposo donde esté expuesto á la inclemencia y á la vista de los que le hayan de consultar:

1.º El buen tiempo fijo se anunciará en el líquido por su completa limpidez y la precipitacion de las sustancias contenidas.

2.º El vario, por la suspension y ligero movimiento de las partículas en el fondo del frasco.

3.º La lluvia, por el enturbiamiento más ó ménos pronunciado, segun la intensidad y duracion del temporal.

4.º La gran lluvia, por la suspension total de las partículas y el gran enturbiamiento del líquido.

5.º La tormenta, por enturbiamiento del líquido y la agitacion en círculo de las partículas.

6.º La gran tormenta, por el mayor enturbiamiento de que es susceptible y el movimiento en torbellino, casi de ebullicion, de las partículas.

7.º La cesacion de los temporales por la disminucion sucesiva de los fenómenos que lo indican.

8.º Los vientos de que proceden y que han de reinar, por la direccion de las partículas hácia el lado opuesto.

El hielo, nieve, granizo y todos los fenómenos meteorológicos se deducen naturalmente de la combinacion de los aires, de la estacion y fenómenos que ofrece la mezcla indicadora.

— — —

Nombres de colores que se han dado á algunos mares y rios.—
Se ha dicho que el mar Rojo fué llamado así á causa del tinte que sus aguas toman accidentalmente con la aparicion y desarrollo prodigioso de ciertas algas microscópicas; pero dice M. de Peraney: «¿Se han encontrado algunas blancas en el Mediterráneo, llamado mar Blanco en toda el Asia? ¿Se han encontrado negras en el Ponto Euxino ó mar Negro, verdes en el golfo Pérsico, llamado mar Verde por los orientales?» M. de Peraney niega, pues, el origen atribuido á los indicados nombres, y lo explica por la costumbre que en todos tiempos ha habido en Oriente de designar con nombres de colores los cuatro puntos cardinales y las regiones que les corresponden.

Así el calendario de Ine-Lieg, compuesto en Asiria en tiempo de Alejandro, y conservado en China, asigna al Norte el color negro, al Este el verde, al Sur el rojo, al Oeste el blanco, y al Centro el amarillo ó anaranjado.

Hoy mismo en las ciudades orientales del reino Fog King las puertas del Norte están pintadas de negro, las del Este de verde, las del Sur de rojo, las del Oeste de blanco, y el palacio central del soberano cubierto de tejas amarillas. Esto supuesto, si nos colocamos en Palmira, como punto céntrico, tenemos al Norte el Ponto Euxino con el nombre de mar Negro; al Sur el golfo Arábigo ó mar Rojo; al Este el golfo Pérsico ó mar Verde, en Asia; al Oeste el Mediterráneo, llamado mar Blanco (Asthalasa) por todos los orientales. Añadamos que la palabra Syria (país central) significa amarillo, y el Javarte es designado con el nombre de Sir Diaria, ó rio Amarillo.

Los escitas, que sabian que los montes Parmer forman el punto culminante del globo, han extendido estos nombres de los cuatro pequeños mares á los Océanos que limitan el Asia.

El Océano Glacial ha sido llamado mar Tenebroso ó Negro; el Océano, situado al Sur de los montes Parmer, que es el Océano Índico, ha sido llamado mar Erythreo ó Rojo; el Mediterráneo, al Oeste, ha conservado el nombre de mar Blanco, y el nombre de mar Verde ha sido dado al Océano que limita con la China por el Este; en fin, el mar Caspio, mar central en que desemboca el rio Amarillo, ha recibido el nombre de mar Amarillo.

Rios de tinta.—Hay en Argel un rio de tinta verdadera, formada por la reunion de dos arroyos, uno de los cuales procede de una region ferruginosa, y el otro nace en un pantano lleno de turba. El agua del primero esta impregnada de hierro, y de ácido gálico la del segundo. Al juntarse las dos corrientes, el ácido de una se combina con el hierro de la otra y forma una tinta de primera clase. Tambien en California hay otro arroyo llamado *Blak-Brook* (arroyo negro), y que sin duda debe á las mismas causas el color de sus aguas.

LIBROS RECIBIDOS.

Nociones de prosodia, por D. Bartolomé Comellas.—Se ha publicado con este título un tomo en 8.^o, que contiene las reglas de la prosodia, con más extension y desarrollo que el que se les otorga en la parte respectiva de la gramática de la Academia. El autor invita á que se le dirijan cuantas observaciones se quiera al *Ateneo de Cartagena*.

Director, C. M. PERIER.
